

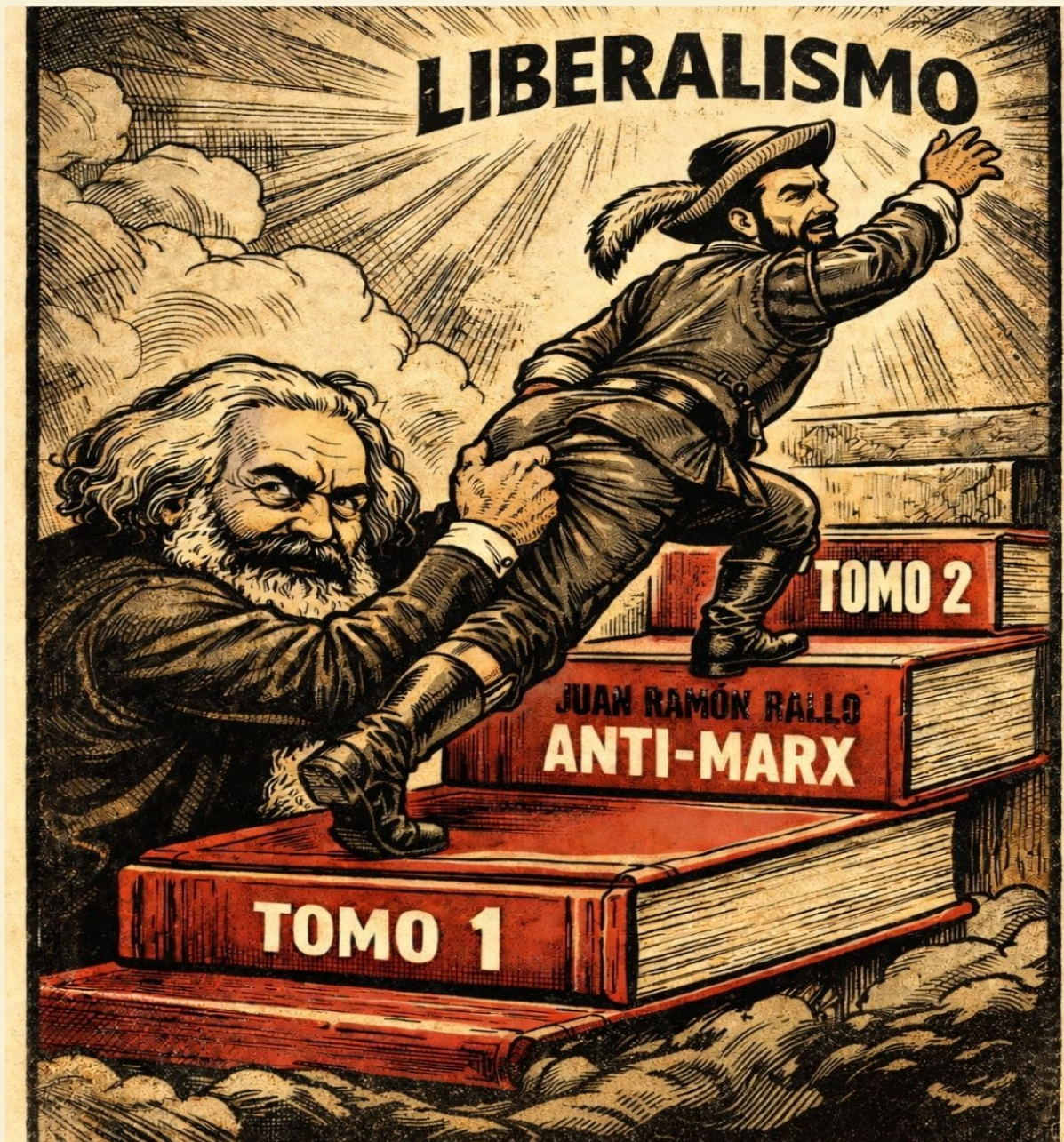
La UNIÓN del PUEBLO®

ÓRGANO OFICIAL DEL PARTIDO
DEL TRABAJO UNIFICADO (PTU)

Nº 65
Febrero 2026

Refutando el liberalismo del
Anti-Marx de Juan Ramón Rallo

Monográfico



Refutando el liberalismo del *Anti-Marx* de Juan Ramón Rallo

Por José Avilés Clemente



Juan Ramón Rallo, conocido economista liberal, ha escrito una obra en dos tomos expresamente destinada a combatir a Marx, titulada de manera explícita *ANTI-MARX*. A diferencia de otras obras antimarxistas, no se limita a repetir los reproches habituales tomados de terceros autores —casi siempre de forma tendenciosa—, sino que parte de un conocimiento de Marx, al que expone en el primer tomo y rebate en el segundo.

En el primer tomo, Rallo realiza una interpretación ligera de Marx que, pese a contener importantes carencias —que más adelante señalaremos—, podría servir como una básica introducción al marxismo. Como ha señalado Carlos Fernández Liria, Rallo explica mejor el marxismo que muchos marxistas; añadiríamos, sin embargo, que lo hace manteniéndose dentro de los límites de un manual introductorio, con importantes carencias y sin alcanzar mayor profundidad. En ocasiones, además, da la impresión de que el texto es un “copia y pega” de los autores marxistas que cita; lo que provoca pérdidas de coherencia explicativa.



El segundo tomo de *Anti-Marx*, considerablemente más extenso, está dedicado exclusivamente a desmontar las tesis de Marx. Es aquí donde centraremos nuestra atención. Aunque la obra de Rallo ha sido muy trabajada, no creemos que refutar sus tesis requiera el mismo esfuerzo que él ha empleado en intentar rebatir a Marx, aun cuando ello nos haya obligado a un artículo necesariamente largo.

La razón es sencilla: no consideramos válido rechazar las tesis de Rallo alegando apriorísticamente que es liberal o que apoya a Javier Milei en Argentina. Tampoco es legítimo rechazarlas sin argumentos. Su libro ha tenido impacto incluso entre algunos intelectuales marxistas que ya venían insistiendo, desde antes, en la necesidad de una reinterpretación de Marx.



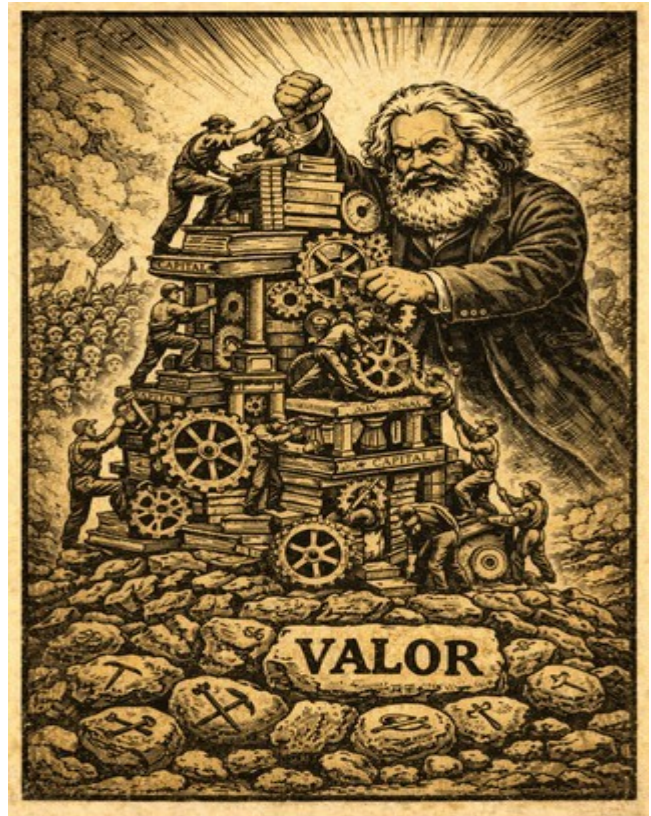
Juan Ramón Rallo en su segundo tomo consiste en que, en la práctica —aunque en algunos pasajes se vea obligado a reconocerlo—, ignora que Marx, en *El Capital*, realiza una abstracción del modo de producción capitalista para aislarlo de interferencias externas: la persistencia de otros modos de producción (feudal o esclavista); y del dominio monopolista y oligopolista del mercado; es una característica particular del capitalismo del

siglo XX y, sobre todo, del XXI. Estas interferencias dificultarían el estudio de las leyes internas que rigen el funcionamiento del capitalismo **en estado puro**.

Rallo intenta desmontar a Marx situándose en un plano de análisis distinto del que adopta Marx. No se coloca en el mismo nivel de abstracción, sino en el plano de la apariencia inmediata de los fenómenos, tal como se presentan superficialmente, en lugar de indagar en esa apariencia para descubrir que se trata de formas deformadas tras las cuales operan las leyes internas del capitalismo. A estas formas superficiales, Rallo intenta conferirles estatuto teórico recurriendo a la Escuela Austriaca de Economía, a la que intenta validar, por oposición al marxismo afirmando:

“Conviene tener muy claro que, a día de hoy, la mayor parte de la ciencia económica moderna (...) adopta un enfoque subjetivista, marginalista y ordinalista del valor”.¹

Es evidente que la mayor parte de la llamada ciencia económica está dedicada a validar el modo de producción capitalista. ¿Ha recibido algún economista marxista el Premio Nobel de Economía?, ninguno. Entre los 99 galardonados desde la instauración del premio, no hay ni un solo marxista. La supuesta neutralidad de estos premios queda aún más en entredicho si recordamos que algunos Premios Nobel de la Paz concedidos a figuras como Henry Kissinger, Mijaíl Gorbachov, Barack Obama o, —en lo que parece una broma— a la opositora venezolana María Corina Machado, en reñida competencia con Donald Trump.



La creación de valor: piedra angular del edificio teórico marxista

En *El Capital*, Marx aísla el capitalismo de otros modos de producción aún existentes en su época, como el esclavismo —particularmente útil para el desarrollo de la industria algodonera británica— o de la servidumbre feudal, que tuvo que adaptarse progresivamente a las reglas del capitalismo dominante. No obstante, Marx abandona con frecuencia esta abstracción para describir cómo esas leyes se manifiestan en la realidad concreta y en contextos históricos específicos. Sin embargo, la función del Estado está siempre presente en la obra de Marx.

Una vez descubiertas las leyes que rigen el funcionamiento del capitalismo en *estado puro*, Marx se encontró en condiciones de desentrañar la esencia de

¹ Anto-Marx, Juan Ramón Rallo, Tomo II. Pagina 35.

fenómenos que, en la realidad visual, se presentan de manera distinta.



Este análisis no surge de la nada. Marx y Engels partían de una concepción materialista de la historia, (*materialismo histórico*) vinculada al *materialismo dialéctico*. Según esta teoría, la naturaleza y la sociedad se transforma continuamente a través del choque entre contrarios.² El motor del movimiento es pues, la lucha de los contrarios. De ahí concluyeron que la historia humana ha sido una sucesión de modos de producción —comunismo primitivo, esclavismo, feudalismo y capitalismo—, cada uno de ellos atravesado por sus propias contradicciones internas (esclavo-esclavista, siervo-señor feudal y trabajador asalariado-capitalista) y

² Engels en su obra *El origen de la familia la propiedad privada y el Estado*, explica la historia de la humanidad a partir de las leyes que rigen el funcionamiento de la naturaleza y la sociedad. Leyes de las que forma parte la capacidad del ser humano para transformar la naturaleza y la sociedad y por tanto cambiar el rumbo de la historia. Nunca pretendieron darle un sentido predeterminista y profético, sino una guía para la acción; pues siempre insistieron en la acción. Nunca la historia ha transcurrido igual en todas partes y todo ha sido el resultado de la actuación del ser humano sobre una realidad ya existente (no imaginaria) y en unas condiciones dadas

condicionados -todos ellos- por un grado concreto de desarrollo de las fuerzas productivas vinculadas al nivel de conocimiento técnico y científico alcanzado en cada época.

Los descubrimientos y el progreso técnico permitió que los seres humanos produjeran con su trabajo más de lo necesario para su mera subsistencia, haciendo posible la apropiación del excedente por una parte de la sociedad y dando lugar a que sobre la base de la propiedad privada, nacieran las clases sociales y la explotación de unas clases por otras. Cada modo de producción desarrolló su forma específica de apropiación del trabajo ajeno, en función de los instrumentos de trabajo y de la organización de los procesos productivos.

En el esclavismo, el esclavo producía más de lo necesario para mantenerse con vida; en el feudalismo, el siervo entregaba parte de la cosecha al señor; y en el capitalismo, el trabajador asalariado, recibe menos en concepto de salario que el valor que produce con su trabajo. ¿Cuál es, entonces, el mecanismo que oculta esta evidencia bajo el capitalismo?

Partiendo de la existencia de la propiedad privada sobre los medios de producción, Marx analiza *la mercancía*: bienes producidos para el intercambio. Todas las mercancías son útiles —tienen valor de uso— y la mayoría han acumulado tiempo de trabajo. Panes y automóviles, pese a su diferencia material, comparten este elemento común: ambos son fruto del trabajo aplicado sobre objetos que proporciona la naturaleza.

El análisis de Marx muestra que lo único que permite comparar mercancías distintas y establecer proporciones para intercambiarlas, es el tiempo de trabajo acumulado en ellas; pudiéndose hablar entonces de *valor de cambio*. Sin embargo, este valor dado por el trabajo que una mercancía acumula no aparece visible en el mercado; se presenta como un *precio*

dado por la oferta y demanda. Los precios oscilan en torno al valor-trabajo de cada mercancía; aunque solo sea visible el precio y no el valor individual de cada mercancía. Pero la suma de todos los precios, unos vendidos por debajo y otros vendidos por encima de su valor individual es igual al *valor socialmente producido por el trabajo*. Es decir, con los actuales medios técnicos solo podemos aproximarnos cuantitativamente al valor social producido, en un país, un Estado, e incluso a nivel internacional; algo que podría expresar correctamente el PIB. En la actualidad sirve a nivel orientativo como tendencia. Además, las cifras que proporciona no son neutrales, están condicionadas por criterios políticos e ideológicos.



Rallo -situándose solo en el plano del mercado- sostiene que el valor surge del deseo subjetivo de los individuos, apoyándose en el marginalismo³ y en

3 **Marginalismo:** corriente de la teoría económica surgida a finales del siglo XIX que explica la formación de los precios y del valor a partir de la utilidad marginal, es decir, de la valoración subjetiva que los individuos otorgan a la última unidad disponible de un bien. Frente a la teoría clásica del

algunas partes de su libro especulando con la neuroeconomía, confunde valor con precio al que llama *Valor subjetivo*". Pero Marx no pretende explicar la psicología del comprador ni la formación del valor a través de los precios, sino justamente lo contrario, explicar los precios a partir del valor. Y sobre todo, identificar la fuente original del valor, ver como se forma el *valor social producido por millones de productores* y después mostrar como este valor socialmente producido se manifiesta en forma de precios individuales en el mercado. Todo esto es ignorado por Rallo, que escribe:

*".../...ya hemos expuesto extensamente por los que la teoría del valor-trabajo es falsa: a saber, los precios de las mercancías dependen principalmente de las preferencias de los agentes económicos y no del tiempo de trabajo socialmente necesario para producirlas[.../...] El capital no tiene porque ser una masa de valor-trabajo que trate de autovalorizarse aún a costa de valores de uso, sino que puede ser una masa de utilidad (relativa) **esperada** que se revalorice a través de la producción expansiva de valores de uso"*⁴

¿Que quiere decir esto? Que El valor no se crea con el trabajo. Por otra parte no sabemos bien que quiere decir con eso que *"el capital puede ser una masa de utilidad (relativa) **esperada** que se revalorice a través de la producción expansiva de valores de uso"* ¿que el capital se revaloriza solo en función de la utilidad esperada? O ¿que se expande solo produciendo valores de uso?. Pero para que se expanda habrá que trabajar sobre y con los medios de producción; por si solo el valor no se expande.

Negar que el trabajo sea la fuente del valor implica sostener que la riqueza social

valor-trabajo, el marginalismo sostiene que los precios resultan de la interacción entre preferencias individuales, escasez y condiciones de intercambio en el mercado

4 Anti.Marx Juan Ramón Rallo, paginas 398 y 399

puede surgir del intercambio mismo, solo del acto de comprar y vender. Pero en el mercado, lo que unos ganan vendiendo sus productos por encima de su valor, los otros lo pierden vendiendo por debajo. Sin producción de valor previa, el intercambio no puede generar riqueza social, a no ser que una nación explote a otra, directamente o mediante el intercambio desigual. Marx se refería de esta forma a quienes defendían que la riqueza y el valor de toda una sociedad surge del intercambio de mercancías individuales.

“la charlatanería sobre la necesidad de demostrar la noción de valor solo se basa en una ignorancia total de la cuestión de que se trata, sino también del método científico. Hasta un niño sabe, que una nación que dejase de trabajar, no digo durante un año, sino durante varias semanas, reventaría. Corresponde precisamente a la ciencia descubrir como actúa esta ley del valor (...). El economista vulgar ni siquiera sospecha que las relaciones reales del cambio cotidiano y las magnitudes de los valores no pueden ser directamente idénticos [...]”⁵



5 Carta a Kugelmann 11/7 /1868

El propio uso de indicadores como el PIB -desarrollado a partir de 1934- constituye un reconocimiento implícito de la necesidad de medir el valor socialmente producido en un periodo determinado. Pero es solo una aproximación al valor creado con el trabajo en un año, porque el PIB contabiliza como “valor añadido” actividades que no incorporan trabajo productivo nuevo como por ejemplo: rentas inmobiliarias o ciertos servicios financieros. Lo que implica que una parte de su magnitud procede de la conversión en mercancías de cosas y convencionalismos sociales; tales como el riesgo, la inseguridad y valorizaciones de cosas que no acumulan trabajo.

La producción de valor

La introducción de maquinaria y técnica no crea valor nuevo por sí sola, pero permite producir una mayor cantidad de mercancías en el mismo tiempo de trabajo.

Cuando un capital introduce una innovación antes que los demás, cada unidad de producto incorpora menos tiempo de trabajo que la media del sector, aunque el valor social de la mercancía siga estando determinado por el tiempo de trabajo medio socialmente necesario. Repetimos: tiempo de trabajo socialmente necesario, que no es lo mismo que tiempo de trabajo individualmente empleado.

Mientras la técnica avanzada no se generaliza, el innovador puede vender al precio medio de mercado (más o menos pivotada sobre el tiempo de trabajo socialmente necesario) y obtener una ganancia extraordinaria, o reducir parcialmente el precio para desplazar a sus competidores.

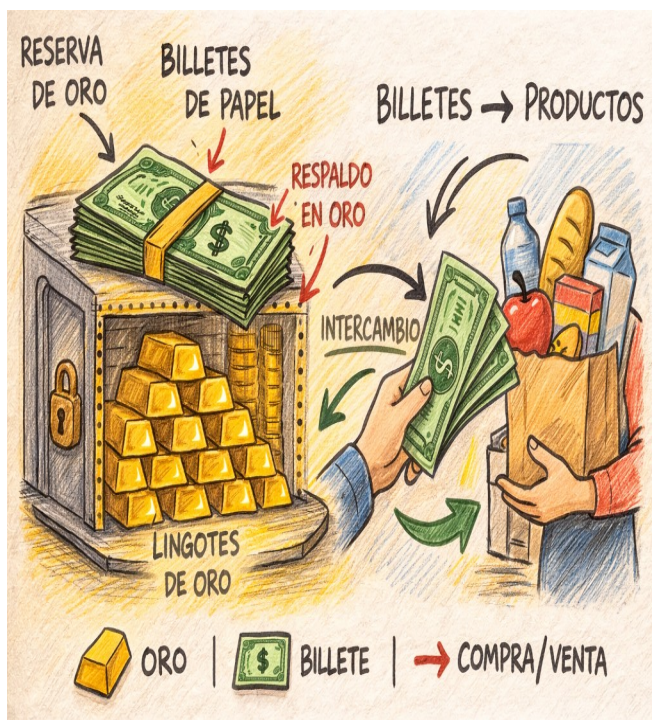
Cuando la nueva técnica se extiende al conjunto del sector, el tiempo de trabajo socialmente necesario por unidad producida disminuye y, con él, el valor medio de la mercancía. Los precios tienden entonces a ajustarse a ese nuevo valor medio. La productividad aumenta: cada

mercancía contiene menos trabajo vivo, pero se producen más mercancías en el mismo tiempo de trabajo. Mercancías cuyo precio va oscilando -arriba o abajo- en torno al valor.

En una economía mundial abierta, este proceso se expresa de manera desigual. Los precios internacionales se forman en torno a valores medios globales, no nacionales. Los países técnicamente más avanzados, que producen más mercancías en menos tiempo de trabajo, venden a esos precios medios; los países menos productivos, que necesitan emplear más trabajo por unidad producida, también deben aproximarse a esos precios medios.

De este modo, una parte de la plusvalía generada en las economías menos productivas se transfiere hacia las economías más avanzadas, lo que contribuye a explicar las diferencias persistentes de productividad y renta entre países.

Así se explica que la productividad media por hora trabajada sea muy diferente en los distintos países: La media mundial por hora trabajada es en torno a 26 dólares y la de EEUU es de 112 dólares (según publican varias fuentes)



Algo más sobre el concepto de valor y dinero en Rallo.

La crítica que Juan Ramón Rallo dirige a Marx en el segundo tomo de su *Anti-Marx* en torno al dinero y al capital no constituye una refutación directa de la teoría marxista, sino que es una sustitución del marco de análisis. Rallo no discute realmente la función del dinero tal y como la entiende Marx, sino que introduce la teoría *marginalista* y contradice a Marx atribuyéndole afirmaciones que este nunca ha dicho..

Para Marx, el dinero no es un simple instrumento técnico de intercambio ni un «activo cuyo valor dependa totalmente de su utilidad subjetiva», sino una **forma social específica** a través de la cual las mercancías expresan su valor. El dinero cumple, ante todo, la función de **patrón de medida**, permitiendo comparar mercancías que no se intercambian directamente entre sí. Cuando alguien vende un producto y recibe a cambio dinero, lo que está recibiendo es un derecho a comprar mercancías en el futuro.

Históricamente, ese papel lo desempeñaron mercancías como el oro y la plata, no por convención arbitraria, sino porque también condensaban trabajo humano, eran mercancías, divisibles, homogéneas y socialmente aceptadas para que el resto de mercancías midieran sus valores en monedas de oro o plata. Que el dinero fuese oro o plata y mercancías en sí mismas, no era lo esencial; lo esencial era que como dinero funcionaban como **expresión material del valor social**. Por eso Marx pudo analizar también la función del papel moneda: no como una anomalía, sino como un **signo** que representaba al oro, y por tanto una determinada cantidad de valor-trabajo por ellas mismas. Pero también la moneda papel, puede representar una cantidad de trabajo por sí misma.



Rallo sostiene que esta explicación solo tendría sentido bajo un régimen de convertibilidad del papel moneda en oro, y que pierde toda validez con la moneda fiat moderna (dinero estatal sin respaldo material de ninguna mercancía que lo garantice como era el oro o la plata).

Pero esta crítica parte de una lectura errónea de Marx. Este no afirma que el dinero -en su papel de medida de valores- dependa obligatoriamente del valor oro, sino que el dinero —sea metálico, papel o anotación contable bancaria— **representa idealmente una determinada cantidad de trabajo social** y sirve para expresar el valor de las mercancías. La desaparición de la convertibilidad del oro en 1971 no elimina esa función; del mismo modo que la desaparición del efectivo en moneda de papel sea sustituido por una anotación contable en un banco, no elimina el dinero como representante *ideal* de valor y unidad de cuenta.

Cuando aumenta la cantidad de dinero en circulación —ya sea dinero mercancía como el oro, o moneda fiat, cuya garantía es la capacidad presente o futura del Estado para recaudar impuestos— sin que aumente la producción real de bienes y servicios, los precios tienden a subir. Esto ocurre porque las mercancías expresan su valor en dinero y, en ese caso, una mayor masa monetaria (en forma de monedas de oro o de moneda fiat) se enfrenta a una

cantidad de mercancías que no ha crecido en la misma proporción.

Marx explicó este fenómeno con claridad, no como una cualidad inherente al oro, sino como un efecto de la relación entre la masa monetaria, la velocidad de las transacciones y el volumen de mercancías. Que hoy ese dinero sea fiat (no representando a oro como antes), no modifica el mecanismo fundamental: los precios pueden variar sin que varíe el valor, porque el valor depende del trabajo, no del signo monetario en el que se expresa.

El núcleo del error de Rallo es doble. Por un lado, **confunde valor y precio**, identificando el valor con una valoración subjetiva expresada en dinero. Por otro, a veces -no siempre- atribuye al dinero una capacidad autónoma para crear riqueza social. Desde este punto de vista, derechos de cobro, expectativas de beneficio futuros y activos financieros que no tienen un valor en sí mismos, ni representan al oro, aparecen en el mercado como creación de valor y riqueza. En ese caso, también sería para Rallo creación de riqueza una subida espectacular de las acciones en bolsa. Sin embargo, estas valorizaciones monetarias no crean valor nuevo: solo redistribuyen, o reclaman participación en el valor real producido mediante trabajo.

Que el dinero, los títulos financieros o los activos especulativos circulen y se multipliquen no significa que aumente la riqueza social. El dinero no es la fuente del valor, sino su **forma de manifestación**. Incluso cuando el dinero influye activamente sobre los precios, el crédito o inversión, lo hace sobre la base de la producción real de bienes y servicios; y por tanto, de valor creado con el trabajo, no sustituyéndolo. A veces Rallo cae en el mismo error que él mismo critica a la *Teoría Monetaria Moderna* (TMM). Error en que también cae Tomás Piketty al considerar la riqueza de una nación de la siguiente forma:

«Por definición, el patrimonio nacional, la riqueza nacional o el capital nacional es el valor total, estimado a los precios de mercado, de todo lo que poseen los residentes y el gobierno de un país dado en un momento determinado, siempre y cuando pueda ser intercambiado en un mercado. Se trata de la suma de los activos no financieros (viviendas, terrenos, negocios, edificios, maquinaria, infraestructura, patentes y demás activos profesionales en propiedad directa) y los activos financieros (cuentas bancarias, planes de ahorro, obligaciones, acciones y demás participaciones en sociedades, inversiones financieras de todo tipo, contratos de seguro de vida, fondos de pensión, etc.), menos los pasivos financieros (todas las deudas)»⁶

THOMAS PIKETTY EL CAPITAL EN EL SIGLO XXI



PAIDÓS
PUBLIBET

Este enfoque, que tiende a identificar riqueza —y por tanto valor— con toda apreciación monetaria, es decir, con todo aquello que se compra y vende en el mercado con independencia del trabajo que incorpora, es común a las teorías económicas que rechazan al trabajo como fuente del valor, ya se presenten como keynesianas, socialdemócratas, liberales o neoliberales-.

Al aceptar la teoría marginalista según la cual el valor surge a partir de la valoración subjetiva que los individuos otorgan a un bien o servicio; de la interacción entre preferencias individuales, escasez y condiciones de intercambio en el mercado,

la crítica de Rallo no alcanza el núcleo de la teoría marxista sobre el dinero.

Al rechazar el trabajo como fuente del valor, se ve obligado también a explicar las fluctuaciones en los precios principalmente por la escasez o abundancia relativa del dinero. Pero con ello pierde de vista la distinción entre **riqueza real producida y apreciación monetaria**, y a veces acaba atribuyendo al dinero una productividad que solo puede provenir del trabajo humano.

La crítica que Juan Ramón Rallo dirige a Marx en su segundo tomo de *Anti-Marx* en torno al dinero y al capital no constituye una refutación directa de la teoría marxista, sino una sustitución del marco de análisis. Rallo no discute realmente la función del dinero tal como la entiende Marx, sino que juguetea con otra teoría —la marginalista— y evalúa a Marx desde la apariencia de las cosas.

Para Marx, el dinero no es un simple instrumento técnico de intercambio ni un activo cuyo valor dependa de su utilidad subjetiva, sino una **forma social específica** mediante la cual las mercancías expresan su valor. Y ese valor no es otra cosa que el **tiempo de trabajo socialmente necesario** para producirlas.

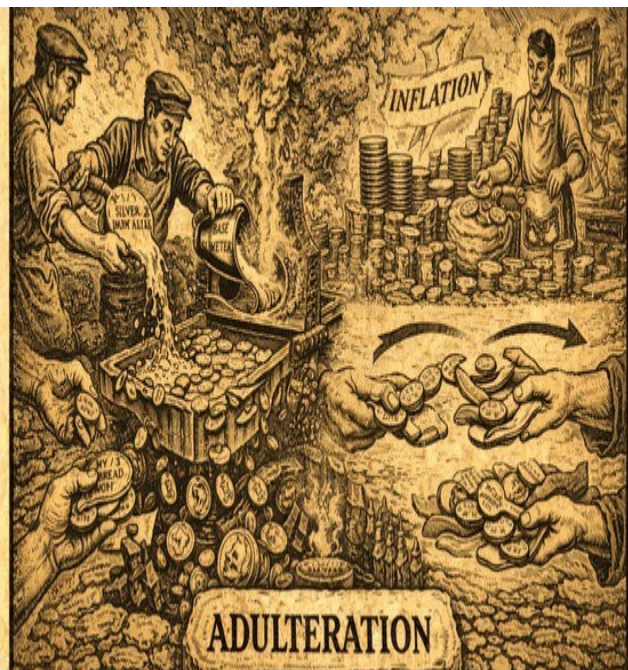
El dinero cumple, ante todo, la función de **patrón de medida**, permitiendo comparar mercancías que no se intercambian directamente entre ellas.

En este sentido, a Rallo le resulta útil el plano de análisis del *capitalismo en estado puro* en el que Marx se sitúa para someterlo posteriormente a examen microscópico. Sin embargo, mientras Marx utiliza ese plano para extraer conclusiones que permiten analizar la evolución y fases posteriores del capitalismo, Rallo acepta ese mismo plano, pero se ancla en el mercado del siglo XIX de forma superficial, e intenta refutar a Marx colocándose en un nivel analítico que aquel ya desmontó. El resultado es una crítica desubicada: Rallo no rebate a Marx, sino que habla de otras cosas, muchas de ellas pertenecientes al

6 El Capital del Siglo XXI Thomas Piketty

ámbito de las apariencias inmediatas en el mercado.

Ya hemos dicho que desde la perspectiva de Marx, la función del dinero consiste en proporcionar un patrón común que permita a mercancías que no se confrontan directamente en el mercado expresar su valor. Medir, pesar o evaluar algo solo es posible comparándolo con otra cosa. En el caso de las mercancías, aquello que todas tienen en común es el tiempo de trabajo social que contienen. Pero ese tiempo de trabajo se expresaba en otra mercancía (oro o plata), que también eran producto del trabajo.



El oro y la plata no solo condensan tiempo de trabajo, sino que son divisibles, acuñables y están sometidas, como cualquier otra mercancía, a la ley de la oferta y la demanda. De este modo, las mercancías expresaban su valor en determinadas cantidades de oro o plata.. Quien recibía una moneda de estos metales recibía la posibilidad de intercambiarla por otros bienes sin necesidad de encontrar de inmediato alguien con la que intercambiarla. La acumulación de oro y plata fuera de la circulación de mercancías constituye el atesoramiento: valor retirado del

intercambio, que no actúa ni como dinero en circulación ni como capital.

Por otra parte, la moneda de oro y plata atesorada sigue conservando su potencial poder de compra, por lo que puede ser sustituida por un papel que lo representa, y esta por una anotación contable. El oro y la plata, en su forma monetaria, siguen siendo mercancías. Su precio depende de su abundancia o escasez. Un aumento de su producción —por descubrimiento de nuevas minas o mejoras técnicas— reduce su valor y aumenta la cantidad de metal necesaria para adquirir una mercancía dada. Si el valor de todas las mercancías se expresa en monedas de oro y plata, un aumento de la cantidad de monedas de oro y plata en circulación, sin aumentar el resto de productos- se traduciría en una elevación de los precios del resto de bienes y servicio. Entre 1600 y 1650, los precios en Europa se multiplicaron varias veces debido a la llegada masiva de plata americana, sin que la producción de bienes creciera al mismo ritmo.

Los Estados cubrieron sus gastos con desproporcionadas cantidades de monedas plata acuñada. Tal afluencia de plata hizo que se tuvieran que entregar más cantidades de ella a cambio de cualquier otro producto. Por tanto, los precios de todas las mercancías subieron.

Independientemente de lo ocurrido en Europa en el siglo XVII, desde antiguo, los Estados recurrían a la adulteración de la moneda legal en circulación mezclando metales preciosos con otros más baratos para cubrir sus gastos; aunque conservaba su nombre (doblón, denario, etc). Al aumentar la oferta monetaria, se producía inflación. Asimismo, dado que una misma moneda puede realizar múltiples transacciones, la cantidad de dinero necesario depende de la velocidad de su circulación, es decir de la rapidez con que se efectúan compras y ventas.

En contextos de recesión (en los que la velocidad de circulación de dinero

disminuye al reducirse la frecuencia de las compras y ventas), mantener una masa monetaria sobredimensionada tiende a provocar subidas de precios. Eso es así porque en caso de enfrentarse la misma cantidad de dinero en circulación a los mismos e incluso menos productos, los precios suben, El efecto es el mismo si el dinero aparece en monedas de oro o plata, o en billetes de papel que representan a oro y plata.

Si el dinero metálico puede ser aleado sin perder su denominación, también puede ser sustituido por signos que representen derecho de acceso a bienes y servicios. El papel moneda y las anotaciones contables bancarias cumplen esta función, siempre que estén garantizados por los Estados. Los billetes, y dinero en general son, en este sentido, reconocimientos de deuda que los Estados mantienen con el portador. De ahí que otros títulos de deuda, derechos de cobro (letras, pagarés) o expectativas de beneficio futuro (acciones, bonos del tesoro público etc) puedan desempeñar funciones monetarias e intercambiarse por mercancías reales.

El papel moneda que representaba a monedas de oro y plata apareció por primera vez en China en el Siglo XI (dinastía Song, hacia 1023): el Estado empezó a emitir papel moneda oficial. El papel moneda se generalizó, y con ello episodios de inflación severa por sobre-emisión. Entre el siglo XVII y XVIII el papel moneda se extendió por Europa casi siempre con respaldo formal del tesoro público; de modo que podían canjearse por oro o plata, aunque en la práctica esa garantía no se cumplía plenamente. Eran como pagares sin fecha de vencimiento.

Para adaptarse a este cambio, durante largo tiempo, las monedas nacionales mantuvieron una equivalencia fija con una determinada cantidad de oro (por ejemplo: en el año 1925, 4,27 libras esterlinas en papel o moneda representaban a una onza de oro de 33,10 gramos depositados en el Banco de Inglaterra. Los Estados que ya no

tenían una equivalencia con el oro, como España, si que la tenían con las monedas fuertes. En ese mismo año una libra esterlina, equivale a 34 o 35 pesetas.

Tras la Segunda Guerra Mundial, este sistema fue sustituido por el patrón-dólar, en el que solo el dólar era convertible en oro a razón de, una onza de oro de 33,10 gramos era equivalente a 35 dólares. La divisa dólar pasó a ser quien garantizaba la emisión de monedas propias dentro de cada Estado. Para afrontar los gastos de la Guerra de Vietnam, la Reserva Federal (Banco Central de Estados Unidos) recurrió a emitir dólares más allá sus reservas en oro. Eso hizo que Estados Unidos suspendiera la convertibilidad del dólar en oro, dando paso a un régimen de tipos de cambio flotantes, determinados por la oferta y la demanda de moneda.



En este contexto, el papel del dólar como moneda de reserva internacional permite a Estados Unidos mantener una cotización elevada, gracias a la demanda global de dólares para transacciones internacionales. Hoy la hegemonía norteamericana se sostiene en la aceptación del dólar como medio de pago y moneda de reserva, independientemente de su respaldo en oro. Otras monedas fuertes cumplen funciones similares, pero el dólar sigue siendo la

moneda dominante en aproximadamente la mitad de las transacciones mundiales.

La cotización del dólar se mantiene por dos factores principales. Primero, su **demanda para transacciones internacionales** a la que contribuyen sus propias exportaciones, como país altamente industrializado. Segundo, la **confianza en la economía y estabilidad de EE. UU.**, lo determina su posición como moneda de reserva mundial.

No es tan sencillo, como a veces afirman los círculos anti-imperialistas, que los países del BRICS puedan flotar su propia moneda rápidamente y reducir significativamente la demanda de dólares, porque, entre otras razones, China posee enormes reservas en dólares derivadas de sus exportaciones. Una depreciación rápida del dólar tendría efectos graves sobre la cotización de las reservas en dólares del Banco Central Chino, pues la cantidad de mercancías reales que se podrían adquirir con ellas, disminuiría rápidamente.

Lo que sí hace el Estado chino es desprenderse gradualmente de deuda pública estadounidense (China es el tercer acreedor mundial de Estados Unidos) y comprar oro, intentar desprenderse de dólares, pagando en esa moneda sus compras al exterior, pero al tiempo se ve obligada a acumular dólares como consecuencia del cobro en dólares de sus exportaciones.

Este marco mucho más complicado del capitalismo de siglo XIX Rallo sostiene que, *“bajo un régimen de moneda fiat el valor del dinero no guarda relación con el trabajo ni con el oro, sino con “su utilidad marginal”* y critica sin sentido a Marx porque -según Rallo- dijo que el dinero era un elemento pasivo en el funcionamiento económico. Pero Marx nunca afirmó tal cosa.. Distinguió claramente entre el valor de las mercancías —determinado por el trabajo— y su expresión monetaria, que puede variar en función de la cantidad de dinero en

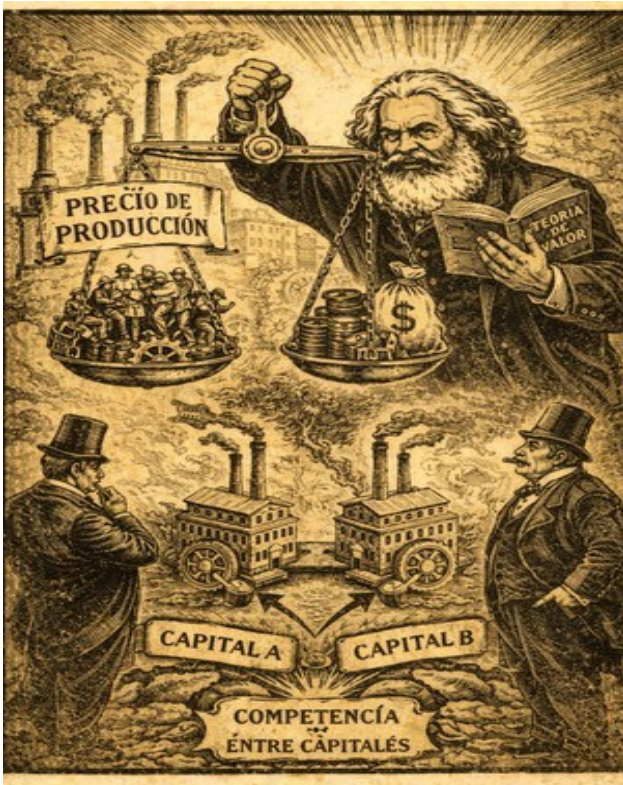
circulación y del volumen de las mercancías producidas.

Es evidente que Rallo no conoce el funcionamiento económico de las cárceles franquistas. En ellas el dinero en pesetas era retenido por la dirección de la prisión y se entregaban a los presos vales que funcionaban como medio de compra y pago en el interior de la prisión. Si algún preso quería comprar algo en el exterior entregaba vales a la dirección y la administración pagaba en pesetas al vendedor del exterior. Los pagos de salarios por trabajos en los talleres de la prisión se hacían en vales. En realidad las cárceles eran mini-estados desde el punto de vista económico. El papel del dinero en pesetas que retenía la dirección de la prisión equivalían a la función de las divisas en manos del Estado. Lo importante no era la forma del dinero, sino que aunque sea un vale penitenciario el funcionamiento del dinero es el mismo que describe Marx,

O Rallo no ha entendido nada, o esta atrapado por el fantasma marginalista, si no fuera así, no elevaría a la categoría de principio general que, Marx se equivoca porque la moneda fiat ya no puede convertirse en oro.

Como se ve, el marxismo explica mejor el funcionamiento del dinero -aún después de muerto Marx- que las teorías que defienden que el valor no proviene del trabajo.





Los precios de producción y beneficio empresarial en Marx.

Marx introduce el concepto de **precio de producción** para explicar la forma concreta —y deformada— en que el valor creado por el trabajo aparece en el capitalismo. No se trata de una negación de la teoría del valor, sino precisamente de su **su comportamiento** bajo condiciones de competencia entre capitales.

Desde el punto de vista del capitalista individual, resulta irrelevante la cantidad de valor que ha sido extraída del trabajo asalariado en su propia empresa, ni tampoco la **la composición orgánica del capital** (proporción entre maquinaria, instalaciones y materias primas por una parte, y los salarios por otra parte). Lo decisivo es el **porcentaje de beneficio obtenido sobre el capital total invertido**; sin importarle si proviene de su situación ventajosa en el mercado o de la explotación de trabajadores.

Un capitalista no invierte para producir valores de uso ni para maximizar la explotación directa de sus trabajadores, sino para obtener un determinado **rendimiento porcentual** sobre el capital total invertido. De ello se deduce una consecuencia fundamental: los capitales tenderán a desplazarse hacia aquellas ramas de la producción donde el **beneficio porcentual** sea mayor. Cuando una rama productiva ofrece beneficios superiores a la media, se produce una afluencia de capitales. Como consecuencia, aumenta la producción, crece la oferta, y los precios de mercado tienden nuevamente a descender. Como resultado, el beneficio porcentual por capital total invertido va disminuyendo. A la inversa, cuando una rama ofrece beneficios inferiores a la media, los capitales emigran, la oferta de productos se reduce y los precios tienden a subir. Este movimiento continuo da lugar, a la formación de una **cuota media de beneficio**.

Esta cuota media de beneficio —10%, 15%, 20%, 50%, según el momento histórico— se normaliza socialmente y acaba interiorizándose como lo que “debe rendir” un capital por el mero hecho de ser invertido. El capital aparece así como una entidad que **se valoriza por sí misma**, independientemente de su relación directa con el trabajo.

Desde la lógica capitalista, este beneficio suele atribuirse a la gestión empresarial: la habilidad en la compra y venta, la organización de la producción, la dirección del trabajo, la administración financiera o la asunción de riesgos. Todo ello funciona como justificación que oculta que el origen real del beneficio empresarial es el trabajo no pagado al trabajador asalariado.⁷

A partir de aquí, Marx define el **precio de producción** como el resultado de sumar la cantidad que resulte de aplicar el porcentaje medio de beneficios

⁷ Pero esto no es un engaño consciente de los empresarios a los trabajadores, esto está interiorizado ideológicamente en la mayoría de la sociedad.

empresariales al **coste de producción** (capital constante más capital variable) El precio de producción no coincide necesariamente ni con el valor de la mercancía —determinado por el tiempo de trabajo socialmente necesario— ni con su precio de mercado. Este último depende de la oferta y la demanda en cada momento.

Como Marx explica, el precio de mercado oscila alrededor del precio de producción, no alrededor del valor. Y es esta diferencia la que suele llevar a los críticos de Marx a afirmar que la teoría del valor queda “refutada” en el capitalismo real. Pero lo que Marx está mostrando es exactamente lo contrario: **cómo el valor creado con el trabajo se manifiesta de forma invertida a los ojos de los capitalistas**. Para ellos cualquier inversión de capital debe recibir un porcentaje de beneficio (por lo menos medio), ya se invierta en la producción de maquinas o en la venta de seguros.

El desplazamiento de capitales no se produce porque los precios de mercado se alejen del valor, sino porque se alejan del **precio de producción**, es decir, del beneficio medio esperado sobre el capital invertido. Es esta desviación la que guía la movilidad del capital entre sectores, ramas productivas e incluso países.

Aquí aparece además un elemento clave: la **valorización del riesgo**. No se espera el mismo porcentaje de beneficio en una inversión segura que en una arriesgada. El sistema financiero lo expresa con claridad: los bancos cobran menos interés a prestatarios solventes que a aquellos cuya capacidad de devolución es dudosa. **El riesgo** (que no tiene valor en sí mismo), se convierte en un factor de valorización; y objeto preferido de Rallo para explicar los beneficios empresariales.

El capital, representado como una suma de dinero, parece así obligado a reproducirse a sí mismo. El dinero produce más dinero.

Esta es la fórmula fetichista $D-D'$, en la que desaparece toda referencia al proceso

productivo y al trabajo. Sin embargo, esta apariencia no es más que la participación de cada capital individual (sea productivo o no), en el **valor total creado socialmente por el trabajo**.

El beneficio no es el resultado de una explotación individual aislada, sino el efecto de un **reparto social del plusvalor** (en principio: suma total de plusvalías extraídas a los trabajadores asalariados). Los capitales no se apropian del valor que sus propios trabajadores han creado, sino de una porción del plusvalor total extraído por el capital social en su conjunto. Se trata de una **bolsa común de beneficios empresariales** que se reparte de forma desigual entre los distintos capitales.



Este mecanismo explica un fenómeno central del capitalismo: una empresa con una elevada proporción de capital variable —mucho trabajo vivo y poca maquinaria— puede generar una gran masa de valor y, sin embargo, obtener una tasa de beneficio baja. A la inversa, una empresa altamente tecnificada, con poco trabajo vivo y mucha maquinaria, puede apropiarse de una parte de la **bolsa común de beneficios del capital** muy superior a la plusvalía extraída a su propios trabajadores con la que ha contribuido a esa bolsa común.

Ese fenómeno se puede explicar de otra forma: cuando varias empresas compiten en el mismo mercado, la oferta y la

demanda tienden a establecer un precio de equilibrio. La empresa técnicamente atrasada se ve obligada a vender sus mercancías **por debajo de su valor** (o precio **de producción** si nos movemos con el otro criterio introducido por Marx, para explicar los movimientos de los capitales), mientras que la empresa más avanzada puede venderlas **por encima del valor que contienen**. El resultado es una transferencia de plus-valor desde la primera hacia la segunda. El empresario emprendedor tiende a pensar que lo que le hace ganar dinero es la nueva maquina que ha introducido, y el empresario retrasado técnicamente, intentara resistir vendiendo sus productos por debajo de valor dado por el trabajo que acumulan; hasta que llegue un punto en que tenga pérdidas, o bien se modernizará.



Socialmente, no se ha creado más riqueza. La cantidad total de valor producido con el trabajo permanece inalterada. Lo que cambia es su **distribución**. Los trabajadores de la empresa menos productiva han trabajado, en última instancia, para la más productiva. Y los capitalistas de la empresa atrasada ceden a los más avanzados una parte del trabajo

no pagado que han extraído de sus propios asalariados.

Esta es la base material que permite, incluso, que las empresas más productivas puedan pagar salarios más altos. En un mercado mundial, este mecanismo se expresa como una transferencia sistemática de valor desde los países con menor productividad y salarios bajos hacia los países con mayor productividad y salarios más altos.

Por último, conviene insistir en un punto decisivo: Sin aumentar la producción total de un país, **el mayor o menor beneficio obtenido por un capital particular no altera el valor total producido con el trabajo**. No aumenta ni disminuye la riqueza social. Solo afecta a cómo se reparte y a qué capitales corresponde apropiarse del plusvalor generado por el trabajo asalariado social.

Para Rayo, como para el resto de economistas y teóricos que rechazan que el valor de las mercancías proceden del trabajo este fenómeno se les oculta y explican el origen del plus-valor arrancado a los trabajadores asalariados, hora atribuyéndoselo a la capacidad del capitalista para sortear los peligros del mercado, hora como premio por el riesgo que corren al invertir sus capitales, o bien que se justifica por la necesaria colaboración entre el riesgo aportado por los capitales con la ejecución de las tareas por parte del obrero o del esclavo apresado en Africa para la producción de algodón.

Valor, valorización y precio

Existen cosas indispensables para la vida humana, como el aire que respiramos, que —al menos por ahora— no se compra ni se vende en el mercado. Para que algo pueda convertirse en mercancía, es decir, para que pueda ser objeto de compra y venta, debe existir previamente un derecho de propiedad sobre ello. Ese derecho puede recaer sobre la cosa misma —una barra de pan, un automóvil— o sobre la fuente que

proporciona un determinado valor de uso: un terreno donde se instalan placas solares o aerogeneradores, un manantial de agua, un balneario, un puente, una autopista o una vivienda, por cuyo uso se pagan peajes o alquileres.

Sin derecho de propiedad privada no hay mercancía. Ni la cosa en sí misma ni la utilidad que proporciona, pueden ser objeto de intercambio mercantil. En este sentido, el derecho de propiedad es una condición previa al acto de compra y venta.

Ahora bien, mercancía no equivale a valor, y aquí se sitúa una de las confusiones fundamentales que comete Juan Ramón Rallo. El valor surge exclusivamente del trabajo acumulado en mercancías y forma parte del valor social total producido, es decir, del conjunto de bienes y servicios creados por el trabajo social. No existe otro criterio objetivo para cuantificar el valor producido; que -como ya hemos dicho-. Este valor podría expresarse en el PIB si su cálculo se hiciera de otra forma.

Otra cuestión distinta es cómo se reparte ese valor socialmente producido entre los agentes económicos. El reparto puede ser igual o desigual, pero sus límites vienen dados por el valor creado con el trabajo. No puede repartirse —ni justa ni injustamente— aquello que no existe.

Sin embargo, en el mercado participan, junto a mercancías que incorporan trabajo, y mercancías valorizadas de muy diverso tipo: valores de uso reales o supuestos, expectativas de beneficio, condicionantes sociales, derechos de uso como alquileres (no de propiedad sobre la cosa misma), licencias administrativas, privilegios legales o derechos para ejercer determinadas actividades productivas o improductivas, e incluso derechos de ostentación. Todos ellos concurren en el mercado para apropiarse de la mayor parte posible del valor social creado por el trabajo, de *la bolsa común de beneficios del capital*.



Es en este plano concreto de la compra y venta donde el precio de cada cosa — acumule trabajo o no— depende del deseo del propietario de desprenderse de ella (o renunciar al derecho de uso por un tiempo) y del deseo del comprador de adquirirla. Es el valor subjetivo al que apela Rallo para explicar el origen de valor y riqueza. Pero ese plano de la pelea por repartirse *la bolsa común de beneficios del capital*, no puede confundirse con el plano de la producción de valor y riqueza social.

Para aclarar esta distinción, conviene sintetizar el punto de vista de Marx, que Rallo solo recoge parcialmente —y con omisiones relevantes— en su *Anti-Marx*;

1) La naturaleza proporciona elementos necesarios para la vida humana: agua, aire, suelo, plantas, arboles, animales, clima, luz solar. Minerales etc. Pero la mayoría de estos elementos no tendrían utilidad alguna para la especie humana si no existiera una actividad consciente que los transformara, o pusiera en relación con la sociedad, transportándolos, o recolectándolos. Esa actividad es el trabajo, que crea productos y servicios dotados de valor de uso. Cuando existe propiedad privada sobre ellos -incluso sobre los que no acumulan trabajo, como un paraje natural sobre el

que jamás se ha trabajado-, pueden intercambiarse acudiendo al mercado..

2) El valor solo puede surgir del trabajo. Por ello, las proporciones en las que dos productos se intercambian dependen, en última instancia, del trabajo social que ambos contienen. Ya hemos dicho que por trabajo social se entiende el realizado con el grado de tecnificación, adiestramiento, capacidad, cultura y velocidad medio en una sociedad dada. Sin embargo, en la realidad concreta del mercado, los intercambios no se realizan conforme a esa causa. Dependen de la necesidad, de la escasez o abundancia relativa, y de la posición de fuerza de cada parte. Eso es lo antes hemos llamado precio.

Así, el propietario de un producto que acumula diez horas de trabajo podría recibir a cambio dos productos que acumulan también diez horas de trabajo cada uno; si el primero es escaso o muy demandado y los otros abundantes. En ese intercambio, uno gana y otro pierde, pero no se crea ningún valor nuevo. El valor total implicado sigue siendo el mismo: treinta horas de trabajo entre los tres productos. El intercambio no ha creado riqueza social, solo ha redistribuido el valor existente entre dos agentes económicos. Uno ha recibido 20 horas de trabajo a cambio de entregar 10 horas de trabajo. Lo mismo ocurre si el intercambio se realiza mediado por la mercancía dinero.

3) Marx deja establecido que toda fuente de valor proviene del trabajo. No existe ningún manantial autónomo del que emane riqueza social. Cuando Marx habla de valor social creado por el trabajo, no se refiere a quién gana o pierde en un intercambio concreto, sino al valor total producido por el trabajo social, con independencia de cómo se reparta. Esto es válido tanto a escala nacional como internacional. Que unos vendan sistemáticamente por encima de su valor y otros por debajo no altera el valor total producido.

4) Una cuestión distinta es cómo se reparte ese valor social. No todos los que participan en el reparto han colaborado en su producción. Aquí Rallo confunde el plano del valor con el plano del mercado y, además, incurre en un error metodológico: no distingue cuándo Marx está operando en el plano de la abstracción teórica —el análisis del capitalismo en estado puro— y cuándo está describiendo la forma en que esa abstracción se manifiesta y se deforma en la realidad concreta.

De ahí la confusión permanente entre valor y precio, y entre producción de valor y apropiación de valor. Rallo mezcla además fenómenos distintos: la producción de mercancías inmateriales (como un masaje o un corte de pelo), con la venta de derechos sobre algo material o inmaterial, licencias o usos que no incorporan trabajo, aunque tengan valor de uso.

Rallo escribe, por ejemplo:

*“Para Marx, dos mercancías pueden igualarse en los intercambios por ser ambas producto del trabajo social (...) ¿es necesario que posean un atributo común aparte de ser mercancías? Y en este caso la respuesta es que no”.*⁸

Y añade:

*“El propio Marx lo reconoce implícitamente cuando expone que es posible intercambiar bienes que no son fruto del trabajo humano (...) por bienes que sí lo son”.*⁹

Aquí Rallo mezcla dos planos de análisis distintos. En uno, Marx analiza un mercado compuesto exclusivamente por mercancías producidas por el trabajo, para descubrir las leyes internas del capitalismo. En el otro, describe cómo ese mercado es penetrado por mercancías que no

8 Anti-Marx, Tomo II, pag. 20

9 Anti-Marx Tomo II, pag. 21

proviene del trabajo, siempre que exista algún derecho de propiedad sobre ellas. Esto no contradice la teoría del valor: la confirma.

La venta de un derecho de uso, de una licencia, el pago de un peaje, el alquiler de una vivienda o de un aparcamiento permite apropiarse de valor ajeno sin crear ningún riqueza nueva. Es una transferencia de valor, no su producción. Esto solo es posible por la existencia de la propiedad privada sobre una cosa que tiene un valor de uso. Hay otras mercancías que aparecen en el mercado, sin ser productos materiales o inmateriales sobre los que se ha vertido trabajo, como por ejemplo la compra venta de expectativas de beneficios, o los seguros, que no son más que la conversión del miedo y/o seguridad en mercancía.

Marx denomina a estas formas **valorizaciones**, aunque es cierto que no hay un capítulo dedicado expresamente a ello, pero si que las **valorizaciones** y su funcionamiento están presentes en los capítulos dedicados a la *renta de la tierra*. Y con frecuencia en *El Capital* se refiere a ellas. Se trata de mercancías que irrumpen en el mercado y participan en el reparto del valor social creado por el trabajo sin haber contribuido a su creación. ¿Qué son, si no, las valorizaciones de las acciones en bolsa, si no la asignación de un precio a un título de propiedad en función de expectativas de beneficios futuros?

¿Que son los seguros? Solamente la conversión de la inseguridad/seguridad en mercancía. No son productos creados con el trabajo, pero si son mercancías. Lo que les permite participar en el valor total y social creado con el trabajo.

La valorización es, por tanto, una forma de apropiación de trabajo ajeno sin haber contribuido a la creación de valor.

Este concepto ha sido desarrollado más ampliamente en *De la sociedad de consumo a la esclavitud por deudas*, donde

se analiza la mercantilización de derechos, expectativas, usos y disposiciones sociales.

José Avilés

**De la sociedad de consumo
a la esclavitud por deudas**

**Capital apátrida y Estado
en el siglo XXI**



Tierra de Nadie
Editores

En el capitalismo desarrollado, la valorización se generaliza: aparecen como mercancías: la seguridad, la incertidumbre, las licencias, las marcas, la esperanza de beneficios futuros, los hábitos sociales, autorizaciones como patentes, o la mera propiedad privada sobre algo útil o inútil, sin que por ello acumulen trabajo.

“Por otra parte, las bases de la valorización no arrancan del modo de producción capitalista desarrollado, se puede rastrear históricamente algo parecido a la valorización y hasta podríamos decir que han ocupado un importante papel en la formación de clases sociales. Por ejemplo, la seguridad (por oposición al miedo o a la incertidumbre) condujo a muchos campesinos en la Alta Edad Media, a colocarse bajo la protección de un noble que disponía de castillo y soldados armados a cambio del pago de un impuesto o parte de la cosecha. Lo que tiene de particular la valorización en el

modo de producción capitalista es que puede concursar en el mercado como una mercancía más.../...»¹⁰

Las valorizaciones en el modo de producción capitalista están sujetas, como cualquier mercancía, a la ley de la oferta y la demanda (por ejemplo las compañías de seguros compiten entre ellas) Pero la particularidad de las mercancías valorizadas es que se independizan del tiempo de trabajo, ya sea aplicándose como un recargo sobre mercancías creadas por el trabajo (marcas, patentes) o existiendo como mercancías autónomas (seguros, títulos, expectativas futuras, etc).

En todos los casos, las valorizaciones son deducciones del valor real y social creado por el trabajo. Ningún país se enriquece dedicándose exclusivamente a vender valorizaciones a sus propios habitantes, aunque es una de las formas que adopta la explotación de unas naciones por otras. Pero la riqueza social solo puede crecer mediante la producción de bienes y servicios creados por el trabajo. Las transacciones comerciales (en las que se mezclan productos y servicios con valor y valorizaciones) redistribuyen el valor existente.

Rallo, utiliza profusa y extensamente la existencia de la valorización de mercancías irreproducibles para demostrar que el valor no es creado con el trabajo, y afirmar su teoría de *valor subjetivo*: tales como: cuadros de pintores fallecidos (Velázquez, Goya, Rembrandt, etc.), esculturas originales históricas, manuscritos antiguos, primeras ediciones de libros raros, objetos arqueológicos, antigüedades únicas, terrenos con características irrepetibles etc. que alcanzan un alto precio en el mercado. Pero no cae en la cuenta que no esta hablando de creación de valor, sino de valorizaciones sociales. Además de que la importancia de esas compras-ventas en la economía (mucho menos del 1%), es

desproporcionada con la atención que Rallo le presta a tales mercancías valorizadas. Su argumento se parece al prologo de una edición de *El Capital* de 1967, que para superar la censura franquista el editor tuvo que hacer una critica a Marx demostrando que la teoría del valor-trabajo era falsa y diciendo que según Marx si nos encontráramos un diamante en la calle no tendría valor y añadía dicho prologo: *“pues si lo tiene, y mucho”*. Por lo visto ni el economista que hizo el prologo, ni el censor que autorizo la publicación en España cayeron en la cuenta que si nos encontráramos diamantes al volver la esquina no tendrían valor; o quizás ese argumento tan ridículo para desmontar a Marx, fue el tributo que tuvo que pagar el economista que hizo el prologo, para sortear la censura y publicar *El Capital* en la España franquista.

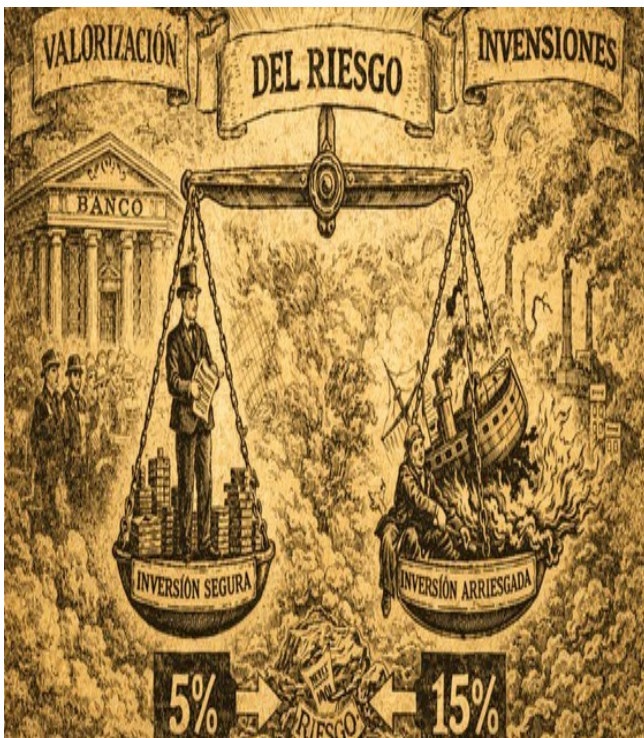
Rallo pregunta : *«¿por que Marx se opone a que los valores de uso que no son fruto del trabajo humano reproducible también pueden adoptar la forma social de mercancía?»¹¹*. Pero Marx -como hemos visto- dice lo contrario; como Rallo, mismo asegura en el primer tomo del Anti-Marx, explicando aquí, que Marx consideraba que *«“Objetos con valor de uso social que no son producidas por el trabajo humano (o no son reproducibles a través del trabajo humano) pero que se destinan al intercambio a través del mercado: por ejemplo, una pradera natural convertida en propiedad privada, objetos de coleccionistas (que si bien son fruto del trabajo humano privado no son nuevamente reproducibles a través de nuevo trabajo humano) o la honorabilidad de las personas (que en determinadas circunstancias podía llegar a venderse)”¹²* .

¿Está bien Rallo?. ¿Como acusar a alguien de que no dice algo que tu mismo escribes que dice?

10 De la sociedad de consumo a la esclavitud por deudas. José avilés 2020

11 Anti-Marx Tomo II pag. 26

12 Anti.Marx, Juan Ramón Rallo, Tomo Primero, pagina 83



El milagro de los panes y los peces de Juan Ramón Rallo

En los Evangelios se cuenta que Jesús multiplicó unos pocos panes y peces para alimentar a una multitud. Algo parecido es lo que Juan Ramón Rallo cree —o intenta hacer creer— que ocurre en la economía capitalista: que a partir de simples intercambios, expectativas o transacciones mercantiles puede surgir riqueza social nueva.

A diferencia de la mayoría de economistas, filósofos e historiadores al servicio del capitalismo, Rallo ha leído a Marx o quizás copiado sin leerlo. Pero su enfoque está orientado a demostrar que Marx se equivoca, cuando en realidad, es el propio Rallo quien se contradice y confunde planos de análisis. Como hemos visto, Marx parte de una abstracción: analiza el capitalismo **en estado puro** para desentrañar sus leyes internas. Solo después desciende al plano de la realidad concreta, donde esas leyes se manifiestan

deformadas por múltiples mediaciones históricas, sociales y jurídicas.

Marx es plenamente consciente de que el valor social creado por el trabajo no aparece nunca “desnudo”, sino bajo formas mistificadas: precios, rentas, intereses, ganancias extraordinarias, etc.

Cuando Marx realiza ese análisis abstracto en *El Capital* lo hace tomando como referencia el capitalismo más desarrollado de su tiempo: Inglaterra. Y lo que observa es una tendencia histórica clara —que luego se confirmará— hacia la industrialización creciente, la concentración de capitales y la expansión del trabajo asalariado.

Los datos históricos disponibles sobre la distribución de la población activa en el siglo XIX lo confirman¹³. En Gran Bretaña, hacia 1850, el 43 % de la población activa trabajaba en la industria, el 22 % en el sector primario (agricultura, ganadería, pesca y minería) y el 35 % en el sector terciario. Es decir, el 57 % de la población activa estaba dedicada a la producción de bienes materiales. En el siglo XX la distribución de la población activa se va modificando en beneficios de los hoy llamados *servicios*: en 1900, en el Reino Unido, la industria empleaba ya al 46 %, el sector primario al 9 % y los servicios al 45 %. A comienzos del siglo XX, la producción material todavía seguía siendo mayoritaria: el 55 % de la población activa trabajaba en la producción de mercancías físicas. Pero Desde la segunda mitad del siglo XX, los servicios se convierten en el principal empleador. Incluyendo tanto servicios tradicionales como servicios avanzados (finanzas, educación, salud, tecnología). En la actualidad la mayoría de la población activa del Reino Unido trabaja en el sector servicios (~82 %), mientras que la industria representa alrededor del 15 % del empleo y la agricultura menos del 2 %. Eso no indica disminución de la producción en la industria

¹³ Manuel de Historia, Simon Segura, pag.395-396, Citado en la Dela sociedad de Consumo a la esclavitud por deudas, Jose Avilés , pag. 166

y agricultura, sino un extraordinario aumento de la productividad en esos sectores. La misma tendencia se ha seguido en el resto de países desarrollados.

En estas condiciones históricas es perfectamente lógico que, en el primer tomo de *El Capital*, Marx asocie la mercancía principalmente a la materialidad y sitúe la producción de valor en la esfera de la producción material: agricultura, ganadería, pesca, minería e industria. Lo que hoy llamamos “servicios” incluía entonces, en gran medida, actividades ligadas a la circulación de mercancías y otros trabajos improductivos —aunque necesarios— para que estas pudieran realizarse en el mercado.

Marx además, realiza otra abstracción: reduce el comercio al acto estricto de compra-venta, dejando fuera trabajos hoy inseparables de la mercancía, como el transporte, la conservación, el montaje, el almacenamiento, la reparación o la logística, entre otros muchos. No es hasta los tomos segundo y tercero cuando analiza los trabajos empleados en la producción de mercancías inmateriales y que estas pueden crear valor, ya sea incorporándose al valor de mercancías físicas o constituyéndose como valor autónomo. Por ejemplo: el tiempo de trabajo empleado en la creación de la mercancía transporte incrementa al valor de la mercancía transportada, pero si el transporte es utilizado como pasajero en un viaje de ocio, el valor de la mercancía transporte se consume en el acto. Marx en el segundo y tercer tomo de *El Capital* ya introduce el término de **Proceso productivo global** y no niega que lo que hoy llamamos servicios creen valor, salvo lo que él denomina trabajo improductivo necesario, que por otra parte tienen una relación directa con el modo de producción (administración, gastos en el aparato del Estado, judicatura, etc.) y los dedicados al reparto desigual de lo que hemos denominado **bolsa común de beneficios**

del capital; Bolsa común distribuida desigualmente entre diferentes capitales, independientemente de lo que cada capital haya aportado a ella.

El desarrollo de las fuerzas productivas ha reducido drásticamente el tiempo de trabajo necesario para producir bienes materiales y ha desplazado una parte creciente de la fuerza de trabajo hacia el sector servicios. Todo indica que las nuevas tecnologías —mecanización, informática, robotización— tenderán también a reducir el tiempo de trabajo necesario en los servicios..



Es sobre esta transformación histórica — y sobre la generalización de la valorización, no sobre la creación de valor— donde Rallo construye su ilusión del “milagro”. Es decir, confunde la expansión de los servicios, la circulación mercantil y las valorizaciones con la producción de riqueza social nueva. Para Rallo, como para el relato evangélico, los panes se multiplican solos. Para Marx, en cambio, el número de panes depende del trabajo empleado en su producción; todo lo demás es redistribución, apropiación o ilusión contable.

La crítica directa a la teoría subjetiva del valor

La teoría subjetiva del valor, tal como la formula Juan Ramón Rallo, parte de que los bienes no tienen valor en sí mismos,

sino que lo adquieren en función de las preferencias, deseos, expectativas y valoraciones subjetivas de los individuos que participan en el intercambio. Desde este punto de vista, el valor no se produce, sino que se revela en el acto de compra y venta. El mercado sería, así, el espacio donde el valor emerge espontáneamente de la interacción entre voluntades individuales.



Se exige el pago a cambio de nada.

El problema de esta concepción no es solo que sea incompatible con la teoría del valor-trabajo de Marx; es que **no puede explicar la riqueza social**, ni siquiera en sus propios términos. La teoría subjetiva puede explicar por qué dos individuos intercambian voluntariamente y ambos creen salir ganando, pero **no puede explicar de dónde sale el conjunto de bienes, servicios y riqueza que una sociedad posee**, ni cuáles son los límites materiales de su reparto.

Si el valor surge exclusivamente del intercambio, entonces cada intercambio exitoso debería aumentar la riqueza social. Pero esto es manifiestamente falso. Una economía puede multiplicar el número de transacciones comerciales sin producir nada nuevo y, lejos de enriquecerse, empobrecerse. El simple hecho de que dos personas intercambien bienes, servicios o

derechos no crea ningún valor adicional; solo redistribuye el valor ya existente. Lo que para cada individuo aparece como ganancia subjetiva, para la sociedad en su conjunto no es más que un desplazamiento de riqueza de unas manos a otras.

Aquí aparece lo que puede llamarse, sin exageración, **el milagro de los panes y los peces** en la teoría de Rallo: la riqueza parece brotar del mercado mismo, sin necesidad de una base productiva previa. Las expectativas, los deseos, la escasez relativa o la utilidad subjetiva se convierten en fuentes autónomas de valor, como si existiera un manantial inagotable de riqueza que emana del intercambio. Pero ninguna sociedad se enriquece intercambiando expectativas de beneficios, ni mercantilizando derechos, ni asignando precios crecientes a activos financieros si no existe en algún lugar, un proceso de producción que genere valor nuevo mediante el trabajo.

Marx no niega —como sugiere Rallo— que bienes que no son fruto del trabajo humano puedan adoptar la forma social de mercancía. Lo que niega es que esas mercancías creen valor. Cuando un recurso natural, un derecho administrativo, una licencia, una expectativa de beneficios o un activo financiero se venden en el mercado, lo que se produce es **una apropiación de valor previamente creado**, no su producción. El mercado permite repartir el valor social; no puede generarlo por sí mismo.

La teoría subjetiva del valor confunde sistemáticamente **precio con valor**, y **mercado con producción**. Al hacerlo, pierde de vista el límite objetivo del reparto: el valor social creado por el trabajo. Ese límite existe independientemente de las preferencias individuales, de la intensidad del deseo o de la sofisticación de los instrumentos financieros. No se puede repartir —ni igual ni desigualmente— aquello que no ha sido producido.

Por eso, cuando Rallo sostiene que el intercambio de bienes no producidos por el trabajo humano refuta la teoría del valor de Marx, lo que en realidad demuestra es la incapacidad de la teoría subjetiva para distinguir entre creación de riqueza y redistribución de riqueza. El capitalismo puede mercantilizar prácticamente cualquier cosa; lo que no puede hacer es **crear valor sin trabajo**, por más que el mercado se empeñe en parecer lo contrario

íntegramente a la empresa que las ha arrancado a sus trabajadores. Del mismo modo que ocurre con la producción de valor, esas plusvalías componen una **bolsa común de beneficios del capital**, que posteriormente se reparte de forma desigual entre los distintos capitales, en función de su posición en el mercado, de su capacidad de imponer precios y de su peso relativo en la distribución del valor social creado por el trabajo.



El origen de la plusvalía en Juan Ramón Rallo

No es necesario extenderse demasiado en la teoría de la plusvalía de Karl Marx. En síntesis, si el valor es creado por el trabajo, los únicos que crean valor son los trabajadores. En el modo de producción capitalista, la mayoría de ellos no poseen medios de producción y, por tanto, se ven obligados a vender su fuerza de trabajo a cambio de un salario que, es forzosamente inferior al valor que generan con su actividad productiva. De ahí se desprende que el capitalismo, como sistema social, descansa sobre la explotación del trabajo asalariado, del mismo modo que lo hicieron, con formas distintas, el esclavismo o el feudalismo.

Ahora bien, las plusvalías extraídas en cada empresa particular no van a parar

Marx explicó, además, cómo es posible que el capitalismo incremente de forma continua el grado de explotación de los trabajadores —es decir, la proporción del valor creado que se apropia el capital— y, al mismo tiempo, pueda mejorar el nivel de vida material de amplios sectores de la clase obrera. Ambos fenómenos no se excluyen, porque pertenecen a planos de análisis distintos y planos distintos de la realidad.

Como señalábamos en *De la sociedad de consumo a la esclavitud por deudas*:

“El nivel de vida derivado del desarrollo de las fuerzas productivas es diferente de las proporciones en que se reparte el valor creado por el trabajo entre productores directos y capital propietario de los medios de producción. Puede aumentar la parte del valor apropiada por el capital y, sin embargo, mejorar el nivel de vida de los trabajadores si el desarrollo de las fuerzas productivas lo permite”.

La mejora de las condiciones materiales de vida no invalida, por tanto, la existencia de la explotación; simplemente indica que la base productiva es capaz de sostener simultáneamente un mayor consumo obrero y una mayor apropiación de plusvalía por parte del capital.

Los datos del PIB —a pesar de sus limitaciones conceptuales— permiten ilustrar esta cuestión. En España, por

ejemplo, los salarios brutos representan aproximadamente entre el 41 % y el 55 % del valor creado, (dependiendo de si se incluyen o no como salarios las cotizaciones empresariales a la Seguridad Social). El resto, una vez repuestos los medios de producción consumidos adopta la forma de *rentas del capital*: beneficios, dividendos, intereses, alquileres y rentas inmobiliarias. Es decir, **la simple posesión de un título de propiedad sobre los medios de producción permite apropiarse de valor-trabajo creado por otros.**



Estos datos, sin embargo, no pueden tomarse mecánicamente para calcular una tasa media de beneficios por capital invertido.. Por un lado, porque desconocemos el capital total invertido; por otro, porque una parte sustancial de las rentas que aparecen estadísticamente como salarios —en particular las de altos directivos— no son retribuciones al trabajo productivo, sino formas encubiertas de participación en la apropiación de trabajo ajeno. Esto distorsiona gravemente cualquier medición empírica de la explotación de trabajo, aunque nosotros hemos hecho un estudio aproximado en la obra citada, basándonos en informes sobre las declaraciones de renta de la *Agencia Tributaria*.

Juan Ramón Rallo, en *Anti-Marx*, persiste en la idea de que Marx sostiene que solo la producción de mercancías

materiales crea valor. Es cierto que esta afirmación aparece en el primer tomo de *El Capital*, pero pertenece a un plano de abstracción específico, que Marx matiza posteriormente cuando analiza otras formas de trabajo productivo e improductivo. Rallo, además, ignora sus propias citas de Marx donde este reconoce que cosas que no contienen trabajo pueden adoptar la forma social de mercancía.

El error de fondo es que **Rallo llama plusvalía a cualquier beneficio empresarial**, cuando la plusvalía, en sentido estricto, solo puede proceder de la explotación del trabajo asalariado. Ya hemos visto que existen otras formas de participar en el reparto del valor social creado sin haber contribuido a su producción.

Desde su rechazo de la teoría del valor-trabajo, Rallo afirma categóricamente que:

“Si la teoría del valor-trabajo es falsa, entonces la plusvalía no emergerá del tiempo de trabajo no remunerado”.

Pero al intentar justificar esta afirmación incurre en una contradicción evidente. Por una parte, admite como cierto que *“el conjunto de productores independientes no puede obtener plusvalía en la esfera de la circulación”*. Y, en la misma frase, intenta refutar a Marx afirmando que eso *“no significa que no haya capitalistas que puedan lograr sistemáticamente esa plusvalía dentro de la esfera de la circulación”*.¹⁴

¿En qué quedamos? ¿La teoría del valor-trabajo es completamente falsa, o solo deja de aplicarse fuera de la esfera de la producción?. La confusión procede, una vez más, de no distinguir entre **creación de valor y redistribución del valor existente y a que con frecuencia Rallo llama plusvalía a cualquier forma de beneficio empresarial**; cuando en su

14 *Anti-Marx*, Juan Ramón Rallo página 459

primer tomo ha explicado de forma clara lo que es *plusvalía* en sentido marxista, y que incluso en este segundo tomo, unas veces utiliza la palabra *plusvalía* en el mismo sentido marxista y otras veces la emplea para referirse a beneficios empresariales que provienen de vender caro en el mercado y de comprar barato.

Pero en el caso de que los beneficios empresariales provengan de la explotación directa de los trabajadores asalariados, la **bolsa común de beneficios del capital subirá o bajará en función de ello** Y en el caso de redistribución desigual de los beneficios empresarial como consecuencia de la ley de oferta y demanda, **la bolsa común de beneficios del capital** no se inmuta, solo hay una distribución desigual de ella entre diferentes capitalistas e inversores. Y en el caso de las **valoraciones** y precios impuestos por monopolios y oligopolios la *bolsa común de beneficios del capital* no se mueve si se aplican sobre empresas (aunque la mayor parte quede en manos de los sectores estratégicos); pero si recaen sobre artículos de consumo de la clase obrera, equivalen a una bajada de salarios y por tanto provocan *aumento de la bolsa común de beneficios del capital*. Pero Rallo utiliza la palabra *plusvalía* sin ningún rigor. Eso sería perdonable a un empresario que lo único que le preocupa es el porcentaje de beneficios que le va a aportar su “*valentía*” al arriesgar dinero, pero no es perdonable a Rallo que continuamente está bailando de una interpretación a otra, sin proporcionar otro argumento sólido diferente a la valorización del riesgo, a la emprendeduría, a la superior capacitación y a la aptitud para organizar los procesos productivos, y otras actividades directivas.

Por otra parte Rallo coincide con Marx y con Lenin en que la retribución de ese trabajo de dirección puede tomar forma asalariada sin ser necesariamente propietario de los medios de producción. Otra cosa es que -como Marx también provee- es que las tareas directivas en una

sociedad anónima capitalista se convierta en un medio para engañar a los accionistas.

Lo que es verdad es que Marx no considera -pero si Lenin¹⁵ y otros marxistas posteriores- la posibilidad de apropiación de trabajo ajeno sin ser forzosamente propietario de los medios de producción.

Marx, en *El Capital* entiende por circulación el acto estricto de comprar y vender, liberado de todos los trabajos adicionales necesarios para que una mercancía se realice como tal (transporte, almacenaje, conservación, etc.). Esta abstracción le permite desmontar a quienes, ya en su época, sostenían que el beneficio empresarial procedía solo de comprar barato y vender caro. Como si eso -desprovisto de otros trabajos adicionales- pudiera crear riqueza social y no, en el mejor de los casos, enriquecer a unos a costa de otros.

Cuando Rallo invoca el capital mercantil en la edad medieval para demostrar que la ganancia puede surgir de la circulación, ignora que Marx se refiere a esa misma etapa histórica en la que el modo de producción capitalista no era dominante. El beneficio mercantil medieval se apoyaba en monopolios comerciales, en la ausencia de competencia, en enormes asimetrías entre regiones y valorizaciones de los productos importados y exportados. Marx dice, que “*era la única forma de existencia del capital, pero que dejó de ser hegemónico tan pronto como se desarrolló en capital industrial, las relaciones de producción capitalistas y el libre mercado*”

Con el desarrollo de la industria, el capital comercial quedó subordinado al

15 *Informe político al XI Congreso del PC(b)*, 27 de marzo de 1922, Obras Completas, vol. 33, p. 179 y “*Más vale menos, pero mejor*” (1923), Obras Completas, t. 33. Y en cuanto a Trotski que si trata esta cuestión en su obra *La Revolución Traicionada*, acaba estropeando su pretendido cientifismo, con su ego personal y rencores acumulados.

capital industrial. Sin embargo, en la fase actual del capitalismo monopolista e imperialista —de la que Rallo nada dice— se observa una tendencia inversa: la destrucción de la libre competencia y el resurgimiento de precios de monopolio. Pero esto no crea valor nuevo; simplemente altera la forma en que se reparte la bolsa común de beneficios del capital.

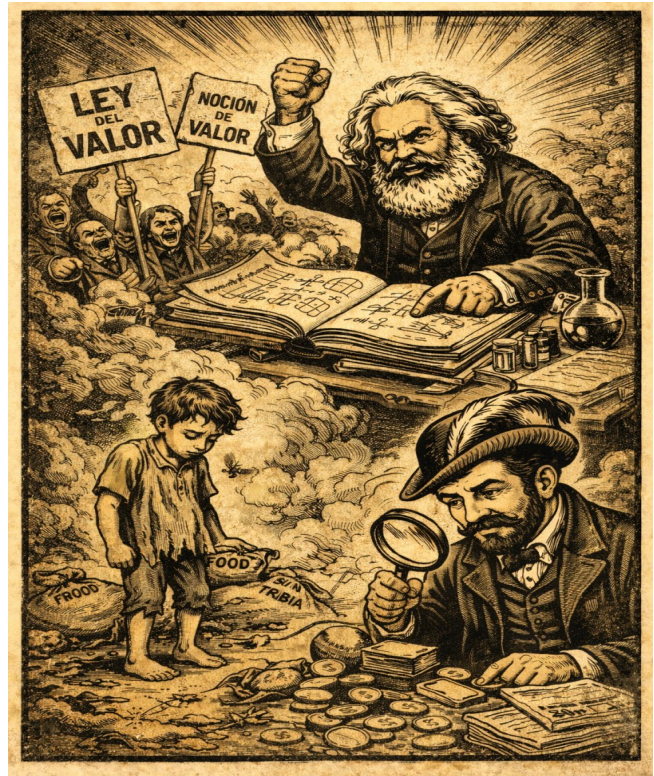
Cuando los precios de monopolio se aplican entre capitales, solo redistribuyen plusvalía. Cuando se aplican sobre bienes básicos consumidos por asalariados, actúan como una reducción de salarios y, por tanto, como un aumento del grado de explotación de los trabajadores y provocan un aumento de *la bolsa común de beneficios del capital*. Pero ni uno ni otro generan riqueza social. Un aumento artificial del precio de la electricidad impuesto por las eléctricas no enriquece a un país, pero además de beneficiar a las eléctricas aumenta *la bolsa común de beneficios del capital* en la parte que afecta a trabajadores asalariados. En la parte que afecta a otras empresas capitalistas, *puede considerarse desigual reparto de la bolsa común de beneficios del capital*.

Incluso podríamos darle la razón a Rallo, diciendo que hay empresas que no necesitan extraer plusvalía a sus propios trabajadores, porque en realidad sus beneficios provienen de la plusvalía arrancada a trabajadores de empresas dependientes (tanto para la compra de materias primas, como para la venta de productos terminados)¹⁶.

No sabemos que quiere decir Rallo cuando insiste en que el capital dinerario puede revalorizarse mediante créditos de los bancos a productores. Pero si sabemos

que el interés no es más que una forma específica de participar en la bolsa común de beneficios del capital sin producir nada.

El capital financiero no es una fuente autónoma de riqueza, sino que sus beneficios son una deducción del valor social generado por el trabajo.



¿Puede la naturaleza crear plusvalía por sí misma?

Antes de responder a esta cuestión es imprescindible aclarar que con frecuencia el concepto de plusvalía no significa lo mismo para Marx que para Juan Ramón Rallo. Para este último, plusvalía equivale a cualquier beneficio o incremento monetario, con independencia de su origen, ya sea real o puramente especulativo. De este modo, fenómenos como la revalorización del precio de la vivienda, la inflación de activos financieros o la capitalización de expectativas futuras aparecen como

¹⁶ Hay sectores productivos, como el calzado, en los que empresas exportadora adelantan los salarios a pagar a sus trabajadores por otras empresas fabricantes. Pero el precio del calzado es impuesto por las empresas exportadoras a las empresas fabricantes. Lo que a la vez, se traduce en que el calzado es un sector de bajos salarios y abundante trabajo en negro.

“plusvalía”, aunque no haya creación alguna de valor social

En Marx, por el contrario, la plusvalía designa una relación social muy concreta: la apropiación privada de una parte del valor creado por el trabajo asalariado en el proceso de producción de bienes y servicios. Confundir ambos planos —el del beneficio privado y el de la creación social de valor— es el punto de partida de toda la crítica de Rallo a la teoría del valor-trabajo.

En definitiva, ni la naturaleza por sí misma, ni la propiedad sobre parte de ella, ni el tiempo de espera, ni la mera existencia de la propiedad privada crean valor ni plusvalía en sentido marxista. Lo que pueden crear es **valorización**, es decir, la conversión en mercancía de valores de uso, expectativas de beneficios futuros o derechos de propiedad que acuden al mercado y se expresan en precios. Esta valorización puede permitir apropiaciones privadas de renta, beneficios comerciales, intereses o rentas de monopolio, pero no incrementa el valor social total producido, que solo puede surgir del trabajo humano.

Gran parte de los beneficios obtenidos en estos mercados que no producen valor —bolsas, mercados secundarios de deuda pública, derivados financieros u otros activos puramente especulativos— se reinvierten nuevamente en esos mismos circuitos, alimentando la acumulación de capital ficticio. Pero una parte de ese dinero acaba compitiendo con el dinero generado en la producción real de bienes y de servicios por la posesión de una masa de mercancías que no ha aumentado en la misma proporción.

Esta presión del capital ficticio sobre la demanda (como si de billetes falsos se tratara) explica, al menos en parte, la permanente vigilancia de los bancos

centrales sobre la masa monetaria en circulación, cuyo objetivo no es otro que evitar que esa desconexión entre dinero y producción real se traduzca en un alza generalizada de los precios.

Confundir estos planos —el de la creación de valor social y el de la valorización monetaria de expectativas— conduce a identificar como “plusvalía” cualquier ganancia monetaria, diluyendo así el concepto hasta hacerlo irreconocible.

Es precisamente esta confusión a la que recurre Juan Ramón Rallo para criticar a Marx. Al situarse exclusivamente en el plano de las apariencias del mercado, toma por creación de riqueza lo que no es más que redistribución, anticipación o apropiación del valor creado con el trabajo.

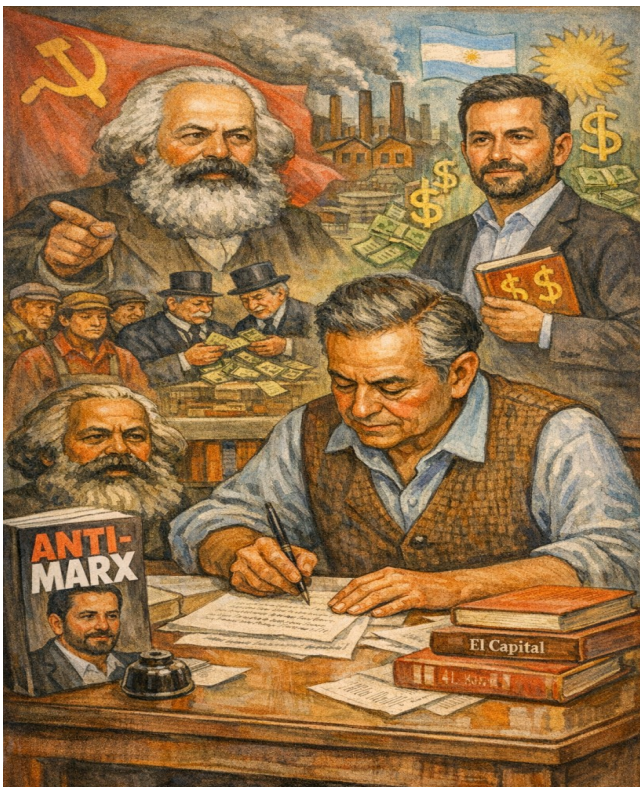


El error fundamental de Juan Ramón Rallo no consiste en describir fenómenos inexistentes, sino en interpretar como creación de valor lo que no es más que reparto, apropiación o valorización mercantil de expectativas de beneficios. Al situarse exclusivamente en el plano de los precios de mercado y de los beneficios privados, pierde de vista la producción de valor social como totalidad. De este modo,

confunde sistemáticamente plusvalía con beneficio, valor con precio y producción con circulación. Pero una teoría que elimina el trabajo como fuente de valor no explica el capitalismo: se limita a justificar sus apariencias.

Según Rallo, la teoría de la explotación de unos seres humanos por otros no es falsa.

Juan Ramón Rallo sostiene que la revalorización del capital no tiene por qué emerger de la explotación del trabajo asalariado. Escribe que la plusvalía —entendida por él como ganancia empresarial— puede surgir tanto en la esfera de la circulación como de la producción, sin ser imputable al trabajo humano, y que, incluso cuando lo es, no tiene por qué proceder del trabajo del obrero asalariado



Desde esta perspectiva, rechazar la teoría marxista de la explotación no implicaría negar que el PIB se divida entre rentas salariales y rentas del capital, sino

únicamente negar que estas últimas procedan de la explotación del trabajo.

Sin embargo, esta afirmación no contradice a Marx, porque ambos están hablando de cosas distintas. Rallo identifica plusvalía con cualquier forma de beneficio o revalorización del capital, (con preferencia del reparto desigual de la bolsa común de beneficios empresariales) mientras que para Marx la plusvalía es una categoría estricta: la apropiación de trabajo ajeno mediante el trabajo asalariado. Sobre esa base, Marx construye su abstracción del capitalismo en el primer tomo de *El Capital*. Marx que no está analizando los beneficios particulares de una empresa concreta, que pueden provenir de vender por encima del valor social de las mercancías, ni las ganancias derivadas de la valorización mercantil de bienes que no acumulan trabajo, sino el origen social del valor y de la masa total de beneficios del capital. La forma concreta en que se reparte el valor social creado con el trabajo entre diferentes capitales, es otra cosa.

Si superamos el plano en el que Rallo se sitúa —el de la apariencia de los fenómenos en el mercado— y nos desplazamos al análisis de la **bolsa común de beneficios del capital**, el problema se aclara. En principio, esta bolsa común está compuesta por la suma de todas las plusvalías extraídas a los trabajadores asalariados. Pero su distribución entre los distintos capitales es desigual y puede verse reforzada por otros mecanismos, especialmente en contextos de monopolio y oligopolios, donde la ley de la oferta y la demanda queda parcialmente anulada, y totalmente anulada cuando se trata de sectores estratégicos monopolizados de la economía. Pero eso último ocurre en el capitalismo actual, no en el capitalismo en **estado puro**, que analiza Marx, ni en el capitalismo que Rallo cree vivir.

Visto desde otro punto de vista y aterrizando un poco más, podemos decir con Marx, que la formación de precios se forman atendiéndose a los **costes de**

producción más el porcentaje medio de beneficios por capital invertido, dando lugar a **los precios de producción**. Así y todo estos precios de producción pueden verse alterados por la ley de oferta y demanda, para acabar en precio final del producto.

Pero eso ocurre en una sociedad de libre mercado, en una sociedad dominada por monopolios y oligopolios la explotación del consumo social, permite una apropiación adicional de trabajo ajeno a través del consumo. Se trata de una forma distinta de explotación, que no adopta directamente la forma de plusvalía extraída en el proceso de producción. pero que tiene efectos equivalentes a una reducción del salario real.

Esta forma de apropiación adopta, además, dos manifestaciones principales. Por un lado, la circulación de plusvalía engendrada por los trabajadores de empresas pequeñas y dependientes, hacia empresas que pueden imponer precios de compra y venta; Ya sea porque son monopolios o porque controlan la producción o la distribución en segmentos del mercado (es sabido que los precios de compra son impuestos por Mercadona a muchos de su pequeños proveedores).

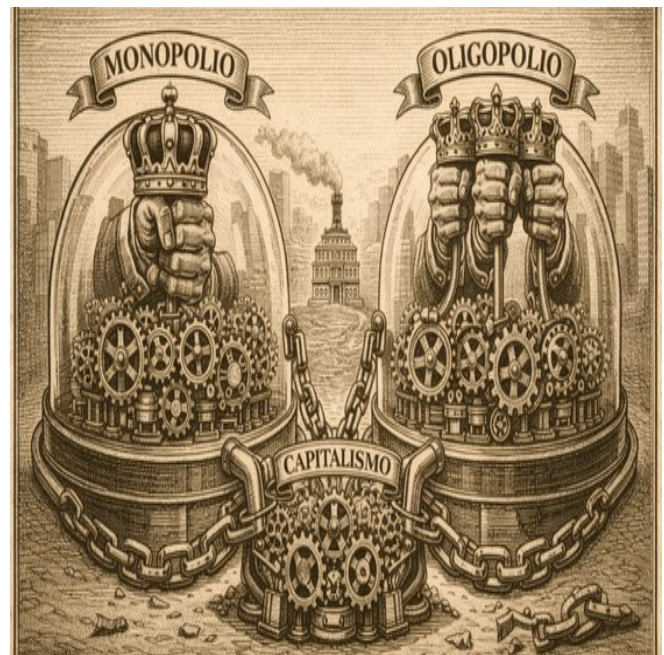
En este caso, no se crea nuevo valor, sino que se redistribuye de manera desigual la bolsa común de beneficios del capital. Por otro lado, la apropiación directa de trabajo ajeno a través de precios de monopolio sobre bienes que forman parte de la cesta de la compra de los trabajadores asalariados, hace aumentar la bolsa común de beneficios del capital. Pero esta bolsa común de beneficios del capital tendrá que repartirse en función del dominio del mercado que tenga cada empresa.

Nada de esto implica que la acumulación de riqueza en pocas manos se produzca por arte de magia. Históricamente, buena parte de las grandes fortunas se forjaron mediante el saqueo, la guerra y el expolio. La especificidad del capitalismo consiste en que la principal fuente de apropiación de

trabajo ajeno se realiza de forma sistemática a través del trabajo asalariado, aunque con el desarrollo del capital monopolista y oligopolista una parte creciente de los beneficios pueda proceder de la explotación del consumo social.

En este sentido, Rallo tiene razón cuando afirma que la revalorización del capital puede deberse a factores distintos a la explotación del trabajo asalariado. Pero se equivoca al concluir de ello que la teoría marxista de la explotación sea falsa. Lo que cambia no es la fuente última del valor, sino que, lo que se modifica parcialmente es la forma en la que ese valor es apropiado y distribuido dentro del sistema capitalista.

Una gran contradicción en Rallo, porque al fin y cabo, él trabaja con la idea de que estamos en una economía libre de mercado.



Sobre la caída de la tasa de beneficios por el capital invertido

¿Qué es exactamente lo que sostiene Marx cuando habla de la tendencia a la caída de la tasa de ganancia por el capital invertido?

La teoría marxista sostiene que el capitalismo tiende, a largo plazo, a generar

menor porcentaje de beneficios en relación con el capital total invertido, porque la competencia obliga a los capitalistas a incrementar la inversión en capital constante (instalaciones, maquinaria, materias primas y tecnología), el cual solo transfiere a las mercancías el valor que se consume en el proceso productivo. En contraste, la inversión en capital variable — la fuerza de trabajo— tiende a reducirse, a pesar de ser la única fuente de valor y plusvalía. Este aumento de la **composición orgánica del capital** implica que, aunque la masa total de valor y plusvalía pueda crecer, su porcentaje en relación al capital total invertido (capital constante + salarios) tiende a disminuir. Empujando a la baja la tasa general de ganancia; salvo que intervengan contratendencias que frenen o compensen ese empuje.

El monopolio y el oligopolio no liberan al capitalismo de su lógica interna, que obliga a las empresas a alimentarse de beneficios o desaparecer. Incluso cuando no existe competencia directa, las grandes empresas se ven empujadas a incorporar nuevas tecnologías e inversiones productivas si no quieren que sus productos se vuelvan obsoletos o incompatibles con un sistema productivo cada vez más entrelazado e inter-dependiente. Por ello, para reproducirse, deben aumentar continuamente la productividad mediante la inversión tecnológica, aun cuando esta misma dinámica tienda a presionar a la baja la tasa de ganancia. Esta manifestación específica de la tendencia a la caída de la tasa de beneficio en la fase de capitalismo monopolista y oligopolista no es abordada por Rallo, en la medida en que ignora su existencia y presupone un capitalismo de libre mercado propio del siglo XIX.

En ambas fases del capitalismo —ya sea de libre competencia o de dominación oligopolista y monopolista—, el capital deja de ser un simple medio al servicio de las personas y se convierte en una fuerza

impersonal y autónoma que exige crecer sin descanso. Para no desvalorizarse ni desaparecer, debe alimentarse constantemente de beneficios, reinvertirse y expandirse. Quien figura como propietario o gerente no controla realmente el proceso: está subordinado a las exigencias del capital, obligado a reducir costes, aumentar la productividad y competir de forma permanente. El capitalista cree dirigir la empresa, pero en realidad es el capital quien dirige su conducta, condiciona sus decisiones e incluso moldea su estado psíquico bajo la presión continua de proporcionar el alimento necesario a la bestia; si no se muere. Así, las personas pasan a servir al capital, y no al revés. Rallo presenta la teoría marxista de la tendencia a la caída de la tasa de ganancia como la piedra angular de toda la teoría marxista. De este modo —suponiendo que Marx le atribuye un carácter premonitorio e irreversible—, si dicha tendencia (que no ley) no se cumple, se derrumbaría todo el edificio teórico del marxismo. En ese sentido, Rallo escribe:

*“En Marx existen dos teorías sobre las crisis económicas [...]. En el primer caso, la reducción de la tasa general de ganancia terminará impidiendo que el capitalismo siga funcionando porque el capital, con una tasa de ganancia nula o casi nula, dejará de poder revalorizarse y por tanto de acumularse; en el segundo caso, la reducción de la tasa general de ganancia desata o acentúa otras contradicciones inherentes al capitalismo [...] provocando con ello interrupciones transitorias en la acumulación y circulación de capital”.*¹⁷

Y más adelante añade:

“... las teorías de Marx sobre el colapso inexorable del

¹⁷ Anti-Marx, Juan Ramón Rallo, Tomo II, pagina 906

capitalismo en el largo plazo o sobre sus crisis cíclicas también serían incorrectas. Ni el capitalismo está condenado a colapsar por el descenso inevitable de la tasa general de ganancia [...]»¹⁸

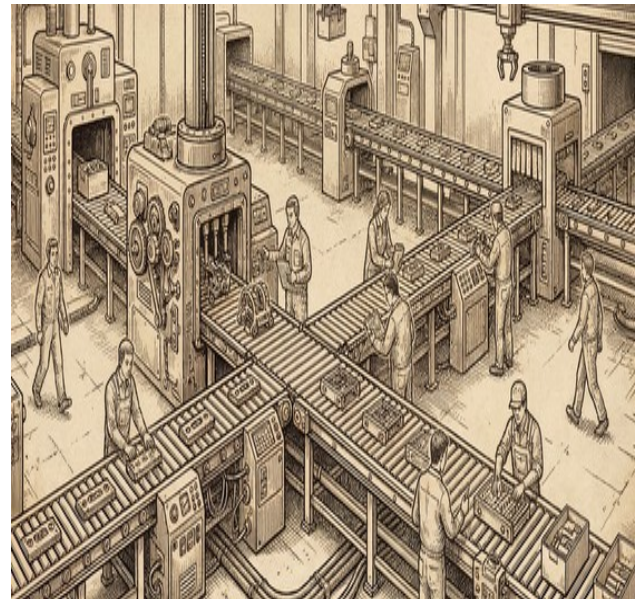
Sin embargo, no es cierto que Marx afirmara nunca que el capitalismo estuviera “condenado a colapsar” como consecuencia necesaria de la tendencia a la caída de la tasa de ganancia. Al contrario, Marx fue explícito al señalar que dicha tendencia opera siempre junto a fuerzas que la contrarrestan. Como señalábamos en nuestro trabajo *De la sociedad de consumo a la esclavitud por deudas*, citando directamente a Marx:

“Indudablemente tal hecho se debe al juego de influencias que contrarrestan o neutralizan los efectos de esta ley general, dándole simplemente el carácter de una tendencia, motivo por el cual presentamos la baja de la cuota general de beneficios como una tendencia simplemente. De las causas que contrarrestan la ley objeto de nuestro estudio, las más generalizadas son las siguientes [...]”¹⁹

El hecho es que, aun sabiendo que Marx nunca otorgó un carácter profético a la tendencia a la caída de la tasa de ganancia, como consecuencia del aumento de la *composición orgánica del capital*, Rallo se embarca en una crítica sistemática de dicha tendencia recurriendo a diversos autores y a razonamientos y silogismos algebraicos que parten de premisas incorrectas. Por ejemplo, Rallo afirma que Marx dice:

«Las contradicciones internas del capitalismo hacen imposible contrarrestar a largo plazo esa tendencia» Eso no es cierto, Marx dice que depende de que las diversas fuerzas que contrarrestan el empuje de la tendencia a la caída de la tasa de beneficios se debiliten, o se alineen.

Rallo prosigue diciendo que Marx afirma que: **«El capitalismo se haya inexorablemente abocado a colapsar en el largo plazo»**. Eso tampoco es verdad. El capitalismo puede mantenerse por decenios en estado de descomposición sin que de sus entrañas hayan nacido las semillas de un nuevo modo de producción y ni siquiera una alternativa política coherente. No olvidemos el papel determinante del ser humano para transformar la realidad. Pero lo que si es visible la tendencia a sustituir personas por maquinas.



Rallo escribe paginas y paginas, y formulas y formulas para acabar reconociendo: **«Marx acierta a la hora de diagnosticar que existen ciertas tendencias dentro del capitalismo que impulsan a que su tasa general de ganancia decrezca»**.

18 Anti.Marx, Jun Ramón Rallo Tomo II, pagina paginas 999

19 De la sociedad de consumo a la esclavitud por deudas, José Avilés pagina 82

Pero Rallo lo atribuye al miedo a invertir, y la aversión al riesgo: «*la reducción de la preferencia temporal y de la aversión al riesgo en el conjunto de la población provoca un incremento del ahorro social que está disponible para ser invertido a tasas de ganancia inferiores a la tasa general vigente[...]*»²⁰ O sea, en esta parte de su libro, dice que para impedir la caída de la tasa general de ganancia por capital invertido, la solución está en vencer a “**la aversión al riesgo**” e invertir. ¿Pero si se invierte en tecnología y maquinaria para reducir la mano de obra necesaria por unidad producida, no se acelerará la tendencia a la caída de la tasa de beneficios por capital invertido?

En suma, la crítica de Rallo a la tendencia a la caída de la tasa de ganancia descansa en la atribución errónea a Marx de un determinismo profético que este nunca sostuvo. Marx no formuló una ley de colapso inevitable, sino una tendencia económica sometida a varias contratendencias que la frenan. Cuando -la presión en uno u otro sentido- es muy fuerte aparecen las crisis cíclicas como válvula de escape. La caída tendencial de la tasa de ganancia no expresa el agotamiento automático del capitalismo, sino la contradicción permanente entre la necesidad de aumentar la productividad mediante el incremento de de la inversión en capital constante (maquinas, tecnología, materias primas etc) y el hecho de que solo el trabajo vivo produce valor y plusvalor. Esta contradicción opera tanto en fases capitalistas de competencia abierta, como en el capitalismo monopolista y oligopolista contemporáneo, donde la centralización del capital, la innovación forzada y la expansión global no suprimen la ley del valor, sino que la reproducen de forma más compleja.



Causas que contrarrestan la caída de la tasa de beneficios

Cuando Marx explicó la tendencia decreciente de la tasa de beneficios empresariales, tuvo buen cuidado en señalar las causas que la contrarrestan o neutralizan. De ahí que insistiera en que no se trata de una ley que actúe de forma automática o absoluta, sino que señaló algunos de sus contrapesos, entro los que cita:

1) Aumento del grado de explotación del trabajo

El incremento de la intensidad del trabajo, la prolongación de la jornada laboral, y el aumento de la productividad permiten extraer una mayor masa de plusvalía a partir de una misma cantidad de trabajo vivo. De este modo, aun cuando crezca la composición orgánica del capital, el aumento del grado de explotación puede compensar parcialmente la presión a la baja sobre la tasa de ganancia.

20 Anti-Marx, Juan Ramón Rallo Tomo II pag. 998

2) Reducción del salario por debajo de su valor

Marx subraya que esta reducción no implica necesariamente salarios de subsistencia extrema o “salarios de hambre”, sino que el salario no alcance el nivel medio socialmente necesario en función de un nivel de vida determinado por el desarrollo de las fuerzas productivas. En ese sentido, la presión salarial, la precarización y la pérdida de derechos laborales (salario indirecto) actúan como mecanismos que elevan la tasa de plusvalía y contrarrestan la caída de la tasa de beneficio.

3) Abaratamiento de los elementos del capital constante

El mismo proceso técnico que reduce el tiempo de trabajo necesario para producir una mercancía final reduce también el valor de las materias primas, de la maquinaria y del capital fijo que intervienen en su producción. Este abaratamiento del capital constante mitiga el efecto negativo que el aumento de su volumen físico ejerce sobre la tasa de ganancia.

4) Superpoblación relativa

Las mismas causas que impulsan la modernización productiva y reducen el tiempo de trabajo necesario para producir mercancías tienden, al mismo tiempo, a frenar la incorporación de nueva mano de obra o a expulsar trabajadores del proceso productivo. El resultado es la creación de una masa de trabajadores disponibles o excedentes, lo que presiona a la baja sobre los salarios y eleva la tasa de explotación.

Al mismo tiempo, esta situación puede ralentizar la modernización en determinadas ramas productivas, especialmente en aquellas donde predomina el trabajo manual o en sectores vinculados al consumo de lujo. Dado que la tasa general de ganancia se calcula mediante la nivelación de las tasas existentes en las distintas ramas de la producción, la misma causa que impulsa la

tendencia decreciente de la tasa de ganancia actúa aquí como contrapeso parcial de dicha tendencia.

5) Comercio exterior

Las explicaciones de Marx sobre este punto están condicionadas por su época, pero conservan validez estructural. Marx señala que los capitales invertidos en el comercio exterior pueden obtener tasas de ganancia más elevadas porque compiten con mercancías producidas en países con menor nivel de desarrollo, lo que permite vender por encima del valor sin dejar de ser más baratos que los competidores de países atrasados.

Asimismo, un país puede entregar menos trabajo materializado a cambio de mercancías producidas en el extranjero y, aun así, obtenerlas más baratas de lo que podría producirlas internamente. En el caso de los capitales invertidos en colonias o regiones menos desarrolladas, las tasas de ganancia pueden ser superiores debido al bajo nivel de desarrollo productivo y al mayor grado de explotación del trabajo.

Sin embargo, Marx advierte que el mismo comercio exterior fomenta en el interior el desarrollo de la producción capitalista, acelera el aumento de la composición orgánica del capital y estimula la superproducción, produciendo a largo plazo el efecto contrario.

En la actualidad, este mecanismo adquiere una intensidad muy superior. El carácter supranacional de las grandes corporaciones permite explotar de forma sistemática las diferencias salariales, tecnológicas y productivas a escala global.

Dado que la localización de países donde invertir responde no solo a la baratura relativa de la fuerza de trabajo, sino también a ventajas naturales, costes de transporte, disponibilidad cercana de materias primas, infraestructuras y marcos normativos favorables. En definitiva en la existencia de **economías de escala favorables**. Por eso, cada vez, más

algunos sectores económicos en los países desarrollados se sostienen sobre bajos salarios a inmigrantes. En lugar de invertir en países atrasados para explotar mano de obra, se importa mano de obra inmigrante.

Lo cual, a medio plazo, tiende a una homogenización salarial y a la vez que al caldo de cultivo para el racismo y a la división entre la clase obrera.

6) Aumento del capital por acciones

Marx señala que, a medida que progresa la acumulación capitalista, una parte creciente del capital adopta la forma de capital a interés invertido en grandes empresas con un elevado peso de capital fijo, como los ferrocarriles. En estas empresas, una vez pagados los dividendos, queda un margen muy reducido para el beneficio empresarial propiamente dicho, por lo que, según Marx, no entran plenamente en la determinación de la tasa general de ganancia. Pero esto es una observación circunscrita al capitalismo de libre mercado que Marx analiza. En la actualidad, con un predominio de multinacionales, y capitales oligopolistas que pueden establecer precios sin contrapeso, en determinadas circunstancias, pueden ser un freno a la tendencia a la caída de la tasa de beneficios.

7) La explotación del consumo social

A las causas señaladas por Marx se añade, desde nuestra perspectiva, un mecanismo específico de las sociedades monopolistas y oligopolistas contemporáneas: lo que denominamos explotación del consumo social. El predominio de grandes capitales sobre bienes y servicios de consumo permite fijar precios cuyo único límite efectivo es la capacidad de consumo de la población. Para la clase trabajadora, estos precios actúan como una reducción indirecta del salario real, incrementando la masa global de beneficios del capital. En cambio, los precios de monopolio que afectan al consumo de la propia clase capitalista no

crean valor nuevo, sino que redistribuyen internamente la bolsa común de beneficios del capital. De este modo, la explotación del consumo social se convierte en un mecanismo adicional que contribuye a frenar, aplazar o desplazar en el tiempo los efectos de la tendencia a la caída de la tasa de ganancia, sin eliminarla.

8) Prolongación de la vida útil del capital fijo.

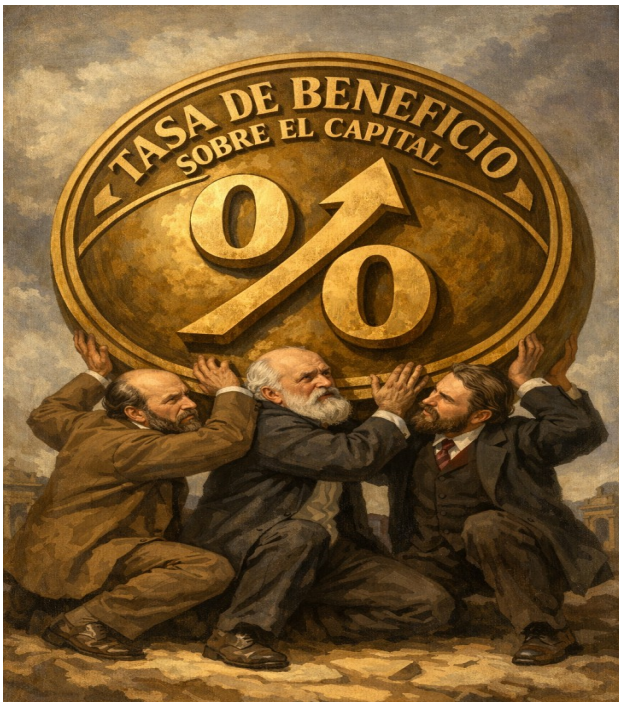
En los últimos años una forma de frenar la caída de la rentabilidad del capital consiste en prolongar la vida útil de la maquinaria trasladándola a países con salarios bajos y menor nivel tecnológico, donde equipos ya obsoletos en las economías avanzadas aún pueden operar de forma rentable. En los países desarrollados, la presión competitiva y los estándares de productividad obligan a renovar el capital fijo con mayor rapidez, lo que limita esta posibilidad.

El mercado internacional de maquinaria usada representa aproximadamente entre una quinta y dos quintas partes de las transacciones mundiales de equipos industriales y pesados, con crecimientos superiores al 15 % en los últimos años, impulsados por la demanda de países de salarios bajos que prolongan la vida útil del capital fijo.



¿Qué argumentos emplea Rallo para oponerse a la tendencia a la caída de la tasa de beneficios formulada por Marx?

Independientemente de que no sea cierto el carácter visionario o “profético” que Rallo atribuye en muchos pasajes a la teoría marxista sobre la tendencia a la caída de la tasa de beneficios, su crítica en este punto no se centra en refutar abiertamente la tendencia hacia la caída de la tasa de beneficios por capital invertido, tal y como la formula Marx, sino en desplazar la discusión hacia escenarios particulares y supuestos específicos. A partir de ellos intenta demostrar que dicha tendencia no es operativa



Para ello, Rallo construye cuatro escenarios —que no se sabe bien si se refiere a la producción general de todo un sector o a una empresa particular— en los que la tendencia a la caída de la tasa de beneficios podría no cumplirse:

“Escenario 1: ausencia de progreso técnico, economías de escala²¹ constantes y elasticidad de sustitución unitaria entre trabajo y capital”

Considerando que por *Elasticidad de sustitución unitaria entre trabajo y capital*, quiere decir que trabajo y maquinaria se pueden reemplazar entre sí en la misma proporción para una misma producción, no se entiende muy bien la siguiente explicación de Rallo, cuando parte del supuesto de *que la tendencia a la caída de beneficios* de Marx fuera cierta.

“Ahora bien incluso en ese supuesto sería posible evitar la reducción de la tasa general de ganancia, simplemente incrementando la fuerza de trabajo y, por tanto neutralizando a través de una mayor tasa de plusvalía (las consecuencias de) el aumento de la composición orgánica del capital [...]. En ese sentido, el incremento de la fuerza de trabajo tiene un efecto positivo sobre la tasa general de ganancia” De esta manera si ambos factores productivos crecen a la vez y en la misma proporción (la composición orgánica del capital se mantiene constante) los rendimientos decrecientes del capital no llegarán a darse y por tanto la tasa de ganancia permanecerá constante.²²

El argumento de Rallo resulta confuso, forzado e imaginario porque, si la **elasticidad de sustitución unitaria entre trabajo y capital** significa que trabajo y maquinaria pueden sustituirse entre sí en la misma proporción para obtener una misma producción, entonces no se entiende por qué afirma que el aumento de la fuerza de trabajo podría neutralizar los efectos del incremento de la composición orgánica del capital. Si ambos factores productivos aumentan simultáneamente y en la misma proporción —por ejemplo, un 10 % más de capital constante y un 10 % más de capital variable— la composición orgánica del

21 Anti. Marx, Juan Ramón Rallo, Tomo II, página 914

22 Anti-Marx, Juan Ramón Rallo, Tomo II páginas.910 a 912

capital permanece constante y, en ausencia de progreso técnico y de economías de escala, la masa de beneficios puede aumentar al crecer la producción, pero la **tasa de ganancia sobre el capital invertido permanecerá igual**. En cambio, si previamente se ha elevado la composición orgánica del capital sustituyendo trabajo por maquinaria, no resulta coherente suponer que posteriormente pueda neutralizarse ese efecto simplemente incrementando la fuerza de trabajo, ya que ello implicaría revertir el cambio inicial en la relación entre capital constante y capital variable.

Escenario 2: ausencia de progreso técnico, economías de escala crecientes y elasticidad de sustitución unitaria.

En este segundo escenario, Rallo sostiene que el aumento del capital constante en proporción superior al capital variable puede frenar o incluso revertir la caída de la tasa de ganancia. Pero aquí el efecto no se debe al aumento de la composición orgánica del capital, sino **a la mejora de las economías de escala**: reducción de tiempos muertos, abaratamiento de materias primas, menores costes de transporte, reducción de gastos financieros o de costes fijos.

Es decir, no estamos ante una refutación de la tendencia a la caída de la tasa de ganancia de Marx, sino ante una de sus **causas contrarrestantes**, explícitamente reconocidas por Marx.

Escenario 3: progreso técnico positivo, economías de escala constantes y elasticidad de sustitución unitaria²³

Aquí la introducción de nuevas máquinas más eficientes permite producir más mercancías con el mismo número de trabajadores. En este caso, como reconoce el propio Rallo, el aumento del capital constante genera rendimientos

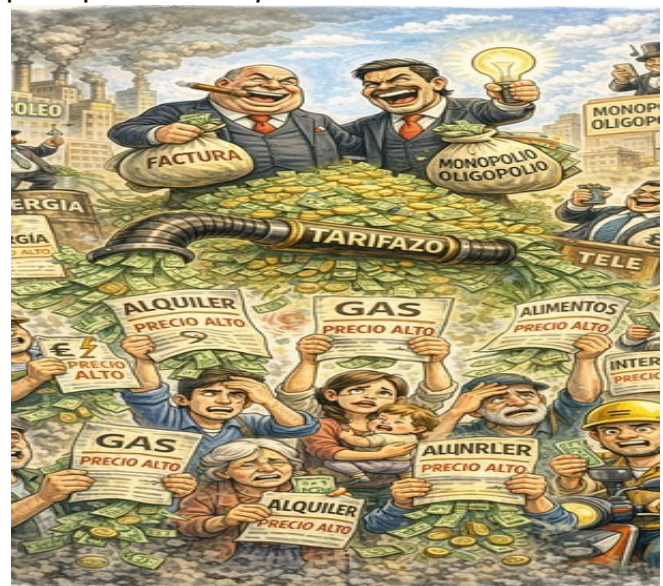
decrecientes y presiona a la baja la tasa de ganancia.

Rallo admite que esta caída puede verse compensada o genere beneficios extraordinarios temporalmente por la mejora tecnológica, siempre que la empresa pionera venda al precio del mercado pero no elimina la tendencia general una vez que la innovación se difunda al resto del sector

Escenario 4: ausencia de progreso técnico, economías de escala constantes y sustitución entre trabajo y capital

Este escenario resulta conceptualmente incoherente, pues la sustitución entre trabajo y capital ya está presente en los anteriores. En cualquier caso, el resultado es el mismo: **un incremento desproporcionado del capital constante respecto al capital variable**, aun cuando aumente la productividad o la masa total de beneficios, conduce a una disminución de la tasa de ganancia, salvo que actúen causas contrarrestantes.

Entre ellas, además de las señaladas por Marx, cabe incluir la explotación del consumo social, que alcanza su pleno desarrollo en sociedades oligopolistas y monopolistas, ausentes del marco analítico principal de *El Capital*.



23 Anti. Marx, Juan Ramón Rallo, Tomo II, pagina 914



Las más de cien páginas que Rallo dedica a refutar la tendencia a la caída de la tasa de beneficios no son, en realidad, más que una **reformulación de las causas contrarrestantes ya identificadas por Marx**, combinadas con atribución a Marx de afirmaciones que nunca sostuvo.

Cuando Rallo afirma que no existe una relación necesaria entre la composición orgánica del capital y la tasa general de ganancia, lo hace introduciendo supuestos restrictivos y excepcionales, que justamente demuestran lo contrario. Reconoce incluso que la masa de ganancia puede crecer más rápido que el capital constante, siempre que aumente la tasa de explotación. Pero esto no refuta la tendencia, por el contrario: **la explica**.

Rallo, en una muestra de lo que parece claro cinismo, llega a preguntarse si Marx aporta algún argumento para sostener que, a largo plazo, la tasa de explotación crece más lentamente que la composición orgánica del capital. Sin embargo, el problema no es demostrar por qué la tendencia existe, sino explicar **por qué a veces no se manifiesta plenamente**, tarea que Marx acomete detalladamente mediante sus causas contrarrestantes.

Los datos empíricos globales refuerzan esta lectura: la tasa de ganancia mundial descendió más de diez puntos entre 1955 y 2010, aunque con periodos de estabilización o recuperación temporal ligados a guerras, imperialismo, neoliberalismo, bajadas salariales y expansión del crédito para compensar la caída del poder adquisitivo; como el periodo que va de 1980 a 2008.

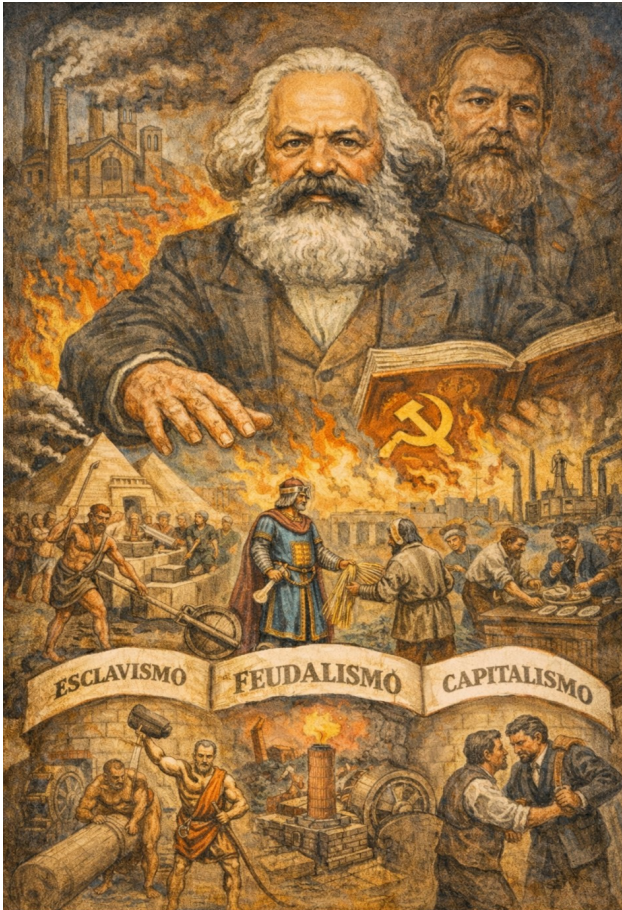
Rallo introduce además el argumento del crecimiento del *“trabajo improductivo”* atribuido por él a las llamadas *“sociedades de bienestar”* (defendidas por la socialdemocracia y keynesianos) para explicar la caída de la tasa de ganancia, pero incurre en una confusión fundamental: **que un trabajo incremente los beneficios de una empresa particular no implica que genere valor social**. Actividades como marketing, servicios jurídicos, financieros, o seguros pueden participar en la distribución del valor social existente sin crearlo.

Aquí Rallo confunde -de nuevo- el aumento de beneficios individuales con la creación de valor social.

Conclusión;

En su cruzada contra la tendencia a la caída de la tasa de beneficios, Rallo atribuye a Marx tesis que este nunca sostuvo, dice -sin demostrarlo- que es una profecía y termina recurriendo, paradójicamente, a los mismos mecanismos marxistas que pretende refutar.

. La acumulación de capital y beneficio empresarial, incluso en contextos monopolistas, siguen estando obligados a alimentarse de trabajo ajeno, a aumentar la productividad y a expandirse, reproduciendo así las contradicciones internas que Marx analizó.



La crítica al materialismo dialéctico e histórico de Juan Ramón Rallo

Rallo inicia esta parte afirmando que: «El comunismo es para Marx el fin de la historia de los modos de producción»¹. Y añade que, según Marx, el comunismo no sería algo deseable o contingente, sino un desenlace necesario del desarrollo histórico del capitalismo:

«No se trata de algo que a Marx le gustaría que ocurriera o de algo que podría llegar a ocurrir, sino de algo que finalmente

terminará ocurriendo más pronto o más tarde: una vez que el capitalismo haya completado su misión histórica de desarrollar las fuerzas productivas, será derribado y dará paso al comunismo, donde finalmente el hombre logrará desarrollarse y alcanzar la libertad»²⁴.

Esta caracterización del marxismo es falsa y no procede de Marx. Su origen se encuentra en la II Internacional y, de manera particular, en Karl Kautsky, al pronunciarse en contra de la Dictadura del Proletariado en 1917 como justificación teórica de la renuncia a la acción revolucionaria. En 1909 Kautsky defendía “**La concentración del capital crea las condiciones necesarias para la producción socialista... Lo que está fuera de la voluntad y de la conciencia de los capitalistas es el simple hecho de que el resultado de sus esfuerzos es crear las condiciones necesarias para la producción socialista.**”²⁵. Con ese mismo argumento en 1918 sostuvo que no habían madurado aún las condiciones económicas e históricas para la revolución en Rusia, afirmando que: “*Rusia es todavía predominantemente un país campesino. Su proletariado industrial es demasiado débil y reducido para constituir por sí mismo la base de una organización socialista de la producción*”. Por lo que como línea general del movimiento obrero decía: “*El socialismo es imposible sin democracia. La democracia no es solo un medio para la conquista del poder político por el proletariado, sino también la forma indispensable para su ejercicio.*”

“La tarea del proletariado no es destruir la democracia, sino ampliarla y utilizarla para conquistar la mayoría y transformar la sociedad.”

24 Anti.Marx, Juan Ramn Rallo Tomo II pagina 1002-1003

25 El camino al poder al poder, Karl Kautsky



El problema que no se plantea Kautsky es que clase social establece las reglas para el funcionamiento de esa democracia. La propuesta de integración del movimiento obrero dentro de la aceptación de la democracia burguesa, porque las contradicciones internas del capitalismo nos conducen por sí solas al socialismo -como dice Rallo-, no tiene nada que ver con Marx, ni con Lenin.

Posteriormente, esa falsa interpretación fue retomada por determinados sectores del movimiento comunista para alimentar la confianza en una supuesta “victoria final” inevitable. Hoy, paradójicamente, es defendida por liberales y neoliberales para presentar el marxismo como una doctrina cuasi religiosa y profética. Rallo no hace sino reproducir acríticamente esta lectura.

La pregunta es evidente: ¿en qué obra de Marx se afirma que el comunismo es inevitable? La respuesta es clara: en

ninguna. Es más, en *El Manifiesto Comunista* se afirma explícitamente que:

«La lucha de clases termina, ora en una transformación revolucionaria de toda la sociedad, ora en la destrucción de las dos clases en pugna».

Y Engels repite esta misma idea: “La sociedad antigua, basada en la esclavitud, había agotado todas sus posibilidades de desarrollo y se hundió, arrastrando consigo la civilización urbana y la economía monetaria; durante siglos la producción retrocedió a formas más simples y locales.”²⁶

Es decir, Marx y Engels contemplan desenlaces abiertos, no un resultado garantizado de la historia.

La confusión suele apoyarse de manera interesada en la *Crítica del Programa de Gotha*. Pero conviene subrayar que se trata de una crítica concreta a un programa político específico —el del *Partido Socialdemócrata Alemán* tras su fusión con los lassalleanos—, no de una teoría general de la historia. En ningún momento Marx afirma allí la Inexorabilidad del comunismo; al contrario, insiste en la intervención consciente y activa de la clase obrera como condición indispensable para que un proceso de transformación no se revierta:

«Entre la sociedad capitalista y la sociedad comunista media un período de transformación revolucionaria de la una en la otra. A este período corresponde también un período político de transición, cuyo Estado no puede ser otro que la dictadura revolucionaria del proletariado».

Y añade:

«Lo que tenemos aquí no es una sociedad comunista que se ha

²⁶ Engels, *El origen de la familia, la propiedad privada y el Estado*.

desarrollado sobre sus propias bases, sino, por el contrario, una sociedad que acaba de salir de la sociedad capitalista y que, por tanto, presenta todavía en todos sus aspectos —económico, moral e intelectual— el sello de la vieja sociedad de cuya entraña procede».

En la *Crítica del Programa de Gotha* Marx no está describiendo una “tendencia histórica” automática, sino señalando las carencias, ambigüedades y el reformismo de un programa político concreto. Era plenamente consciente de que no podía presentar un plano acabado de la sociedad comunista y de que cualquier revolución obrera estaría, desde el primer día, sometida al acoso de fuerzas internas y externas, incluidas las militares; de ello la imprescindible intervención activa de los seres humanos.

De ahí no se sigue —como pretende Rallo— que los marxistas digan que el comunismo se instaure “*por arte de magia*” ni siquiera con una revolución exitosa. Todo lo contrario: una revolución, solo abre la posibilidad histórica. Aparece un camino largo y contradictorio, profundamente condicionado por el *s“ello de la vieja sociedad”*, que sigue impregnándolo todo.

Así pues, Rallo parte mal desde el inicio: intenta refutar una proposición que Marx nunca sostuvo. En otras palabras, vuelve a “*mear fuera de tiesto*”.

A continuación, Rallo dirige su ataque contra la dialéctica marxista. Aunque no la niega por completo, la somete a una crítica apoyada en una concepción de la realidad parcialmente metafísica. La metafísica —en el sentido criticado por el marxismo— concibe la realidad como estática. La dialéctica —pot el, contrario la entiende como un proceso material, contradictorio y en cambio permanente.

En Marx, el motor del cambio es la contradicción: toda realidad existe como unidad de contrarios, y son esas

contradicciones internas las que impulsan su movimiento y desarrollo. Las condiciones externas influyen sobre las internas, y el desarrollo de las contradicciones internas termina, a su vez, modificando las externas (en nuestro caso) el contexto mundial).



Así, los átomos de una piedra o del oro —aunque no lo percibamos— están en constante movimiento; en su interior, protones y neutrones forman el núcleo mientras los electrones se encuentran en continuo estado dinámico, sometidos a interacciones físicas permanentes. Del mismo modo, las sociedades humanas no son estructuras estáticas, sino realidades históricas en transformación continua. Las causas externas —como como la aplicación del fuego— pueden modificar el estado del oro o de la piedra, alterando su forma o su función sin cambiar su composición básica. De manera análoga, un determinado contexto internacional influye en el desarrollo de las contradicciones internas de cada país, y los cambios internos de un país contribuyen, a modificar ese contexto internacional. Sobre esta realidad materia y social existente,, Rallo escribe:

«Rizando el rizo, acaso podríamos afirmar que, siendo la metafísica el opuesto de la dialéctica, será necesaria una

nueva heurística superadora que disuelva e incorpore lo esencial de ambas; y es que la realidad no será enteramente dialéctica ni metafísica, sino que combinará estática y dinámica, equilibrio y desequilibrio [...] solo superando dialécticamente la misma dialéctica seremos capaces de aprehender plenamente el mundo que nos rodea sin incurrir en los errores de un uso demasiado rígido de la dialéctica»²⁷.

¿A dónde quiere llegar Rallo con este planteamiento? A la negación de la lucha de clases y a la conciliación entre explotados y explotadores. Se trata de una tesis clásica del liberalismo, compartida históricamente por el fascismo, la socialdemocracia, el keynesianismo y el corporativismo católico que influyó y que hoy reaparece —con nuevos ropajes— en experiencias como la de Milei en Argentina, pese a su retórica contra la “izquierda”.

Para hacer conciliable lo irreconciliable —aunque sea a golpe de porra y cárcel—, Rallo sostiene que:

“...aun cuando caractericemos la relación entre capital y trabajo como una relación entre opuestos, esta relación no tendría por qué ser antagonista, tal como afirma Marx [...] Al contrario, podría ser una interacción simbiótica [...], dando lugar a una creciente interdependencia entre capital y trabajo [...] caracterizada, al menos en parte, por la armonía de intereses y capaz de desarrollarse de un modo mutuamente beneficioso sin estar condenada a disolverse»²⁸

Aquí Rallo incurre en una nueva trampa teórica. Aparentando aceptar la dialéctica

marxista, recurre a Mao Tse-Tung —en su referencia a la unidad de los contrarios— para afirmar que los intereses del capital y del trabajo pueden integrarse en una unidad conciliadora. Pero omite deliberadamente el núcleo del planteamiento de Mao, quien afirma con claridad:



«Los contrarios en una contradicción forman una unidad a la vez que luchan entre sí, y es esto lo que impulsa el movimiento y el cambio en las cosas... La unidad de los contrarios es condicional, temporal y relativa, mientras que la lucha entre los contrarios es absoluta»²⁹

Rallo, una vez más, confunde —o tergiversa— la dialéctica para negar la lucha de clases y seguir atribuyendo a Marx pronósticos históricos que nunca formuló.

27 Anti-marx, Juan Ramón Rallo Tomo II pagina 1034

28 Anti-marx, Juan Ramón Rallo Tomo II pagina 1034

29Mao Tse-tung, *Sobre la contradicción* (Obras escogidas, Vol. I

Rallo acaba “bailando la yenka”

El resto de la obra de Juan Ramón Rallo transcurre, en buena medida, “*bailando la yenka*”: avanzando y retrocediendo entre supuestas profecías no cumplidas que atribuye a Marx, acuerdos parciales con Marx o Engels, y el recreo en autores que manifiestan dudas sobre el marxismo. En algunos pasajes concede que el materialismo histórico podría cumplirse bajo supuestos muy especiales; en otros, insiste reiteradamente en la importancia del factor subjetivo en el devenir histórico, como si Marx y Engels hubieran negado alguna vez la capacidad del ser humano para transformar el mundo sobre la base de condiciones materiales existentes.

En realidad, Rallo no polemiza con Marx, sino con una versión escolar y simplificada del marxismo, muy próxima a manuales de divulgación como *Principios elementales de filosofía*, elaborado por alumnos del comunista *Georges Politzer*; y que vale para iniciarse en el marxismo, y como libro de divulgación, pero no para desmontar al marxismo con la profundidad que pretende Rallo. Este elude sistemáticamente enfrentarse con los textos centrales de Marx. Y, sobre todo, no plantea nada sustancial que permita refutar la evidencia de que el capitalismo es un modo de producción basado en la apropiación de trabajo ajeno.

Rallo insiste en arrojar contra el marxismo dos argumentos recurrentes: el surgimiento de una capa gestocrática tras la toma del poder en los países socialistas y el fracaso histórico de la URSS y de los Estados del Este europeo (sobre lo que, más adelante, intentaremos adelantar algunas hipótesis). A ello añade una larga elucubración sobre la “naturaleza humana” y sobre supuestas tendencias naturales del ser humano que, en realidad, ni son naturales ni anti-naturales, sino que son consecuencia de un arrastre historico-ideológico histórico, cuyo último toque se lo

proporciona del modo de producción capitalista. Con ello ignora que el objetivo histórico del comunismo no es negar la naturaleza humana, sino crear las bases materiales para que surja un ser humano nuevo, capaz de realizarse a sí mismo — productiva e ideológicamente— sirviendo a los demás.

Rallo pasa por alto que al igual que en el feudalismo existían y se ensayaban gérmenes capitalistas dentro de modo de producción capitalista existen actividades y sectores socializados -muy importantes- que no funcionan con criterios ideológicos de rentabilidad capitalista, sino de servicio público, —como la enseñanza o la sanidad públicas— y que no solo no pierden eficacia por ello, sino que, la incrementan. Por el contrario, su eficacia suele verse limitada y sobre todo condicionada precisamente cuando son privatizadas y subordinadas a la lógica del beneficio.



Además, Rallo incurre en otro error recurrente: situar su análisis del capitalismo en un marco propio del siglo XIX, ignorando que ese mundo ya no existe. Todos sus razonamientos se apoyan en un mercado de libre competencia que hoy es, en gran medida, una imaginación. Veamos primero sus planteamientos filosóficos, sin seguir el orden de su exposición, que resulta bastante desordenada y reiterativa.

Rallo afirma:

«A día de hoy, empero, la gran mayoría de la comunidad científica es materialista, especialmente con respecto al origen de la conciencia humana [...]. ¿Qué ventaja evolutiva puede conferir la conciencia de los humanos? Pues la de representarse a sí mismos como agentes insertos en el entorno material y, por tanto, como agentes capaces de transformarse a sí mismos transformando su entorno material para así maximizar el aprovechamiento que efectúan del mismo (este sería el materialismo práctico y no contemplativo propugnado por Marx frente a Feuerbach) [...]. Todo este proceso materialista de emergencia de la conciencia humana a partir de la naturaleza inconsciente es perfectamente verosímil [...], salvo acaso por la minusvaloración de la evolución biocultural».³⁰

Aquí Rallo se declara materialista, pero a la vez acusa falsamente a Marx de minusvalorar la influencia de la conciencia sobre la materia. En realidad, no está corrigiendo a Marx, sino discutiendo con una versión empobrecida y caricaturesca del marxismo. Además, lo hace mediante un texto innecesariamente enrevesado.

Para sostener su crítica, Rallo clasifica a Marx como representante de una “versión fuerte” del materialismo, apoyándose en una cita de Bujarin:

«La materia es la madre de la mente y no la mente la madre de la materia».³¹

30 Anti.Marx Juan Raón Rallo Tomo II, paginas 1036 y 1037

31 Cita de Nicolai Bujarin reproducida por Rallo en pagina 1035

Sin embargo, resulta insostenible afirmar que uno de los principales teóricos bolcheviques negara la capacidad de la conciencia humana para actuar sobre la materia y la sociedad, generando nuevas ideas que, a su vez, inciden sobre la realidad social y material. La cuestión no es si la conciencia actúa, sino **en qué condiciones y dentro de qué límites** puede hacerlo. El pensamiento posee dinámicas internas relativamente autónomas, pero su eficacia histórica está condicionada por las circunstancias materiales existentes. La selección que hace Rallo de estas tesis es parcial, sesgada y unilateral.



Ante la dificultad de sostener su crítica en el plano histórico-social, Rallo desplaza el debate hacia un nivel ontológico abstracto, planteando hipótesis como «*un dios creador inmaterial*», «*el universo como una simulación informática*» o «*una conciencia universal autosimulada*». Este desplazamiento no persigue otro objetivo que aguijonear indirectamente el materialismo histórico: «*si el materialismo “fuerte” fuera incorrecto, entonces también lo sería la concepción marxista de la historia*». Aquí Rallo no intenta una refutación directa, sino de sembrar dudas con un picotazo a su coherencia

Desde el inicio, Rallo insiste en calificar al marxismo como determinista. Esto solo demuestra que su lectura de Marx es superficial o deliberadamente sesgada. Marx y Engels fueron explícitos al afirmar que la conciencia surge de la materia, pero que, a la vez actúa sobre ella; que no es la conciencia la que determina la vida, sino la vida la que determina la conciencia; y que los seres humanos, al transformar sus condiciones materiales de existencia, transforman también su pensamiento.



El materialismo histórico —aplicación del materialismo dialéctico a la historia— parte de la idea de que la realidad está en movimiento permanente, impulsada por contradicciones internas. En las sociedades humanas, esas contradicciones se expresan, en última instancia, como conflictos entre clases sociales, aunque no siempre de forma abierta. A menudo se manifiestan a través de formas ideológicas, religiosas, nacionales o culturales que encubren o desplazan el conflicto de fondo.

Este es precisamente el núcleo que Rallo intenta desmontar cuando afirma que “las sociedades humanas no evolucionan solo por sus contradicciones internas”. Pero no explica entonces cuál sería el motor del cambio histórico. Para negar la lucha de

clases, desciende al plano socioeconómico e intenta «articular una «teoría dialéctica y materialista del capitalismo» basada en la supuesta armonía entre capital y trabajo.

Según Rallo, trabajadores y capitalistas no serían categorías inherentemente antagónicas, sino complementarias dentro de la empresa, entendida esta, como una “unidad capital-trabajo” que entra en conflicto no con sus propios trabajadores, sino con otras empresas. De este modo, el conflicto motor del progreso no sería capital versus trabajo, sino empresa versus empresa.

Este planteamiento no es más que una reformulación de las viejas teorías liberales del capitalismo, revestidas de un lenguaje aparentemente marxista. Para desmontarlo es necesario volver a *Mao Zedong*. En *Sobre la contradicción*, Mao explica que la cooperación coyuntural entre fuerzas opuestas no elimina la contradicción que las atraviesa, sino que la subordina temporalmente a otra contradicción considerada principal en una fase concreta del proceso. La competencia entre empresas no sustituye la contradicción capital-trabajo, sino que la organiza y la desplaza, sin alterar su naturaleza fundamental.

“Las contradicciones antagónicas pueden transformarse en no antagónicas bajo ciertas condiciones, y las no antagónicas pueden transformarse en antagónicas cuando esas condiciones desaparecen”³²

La contradicción entre capital y trabajo puede adoptar formas no antagónicas en determinadas circunstancias —por ejemplo, frente a un enemigo común (invasión de Francia por los nazis, por ejemplo) o bajo una correlación de fuerzas concreta—, pero cuando esas condiciones desaparecen, reaparece como antagonismo abierto.

32 Sobre la Contracción Mao Tse Tung

Confundir esta subordinación temporal con la desaparición de la contradicción fundamental es un error teórico grave.

En definitiva, el intento de Rallo de hacer desaparecer la contradicción capital-trabajo mediante la identificación de la empresa como “unidad armónica” confunde planos distintos de análisis. Como señaló Mao, si no hay contradicción, no hay movimiento, no hay desarrollo, no hay vida social. La competencia entre capitales no niega la explotación; la presupone y la reproduce bajo nuevas formas.

El retorno al idealismo de Rallo

A continuación, Rallo abandona el lapsus materialista que había mantenido hasta ese momento y vuelve a defender —de forma lateral y nunca frontal, como es habitual en él— que las contradicciones sociales no son solo materiales, sino que *“también existen contradicciones ideológicas que no son reflejo de contradicciones materiales”*. Esta afirmación es relevante porque, sin decirlo abiertamente, sugiere que el mundo de las ideas puede desarrollarse al margen e independientemente de la realidad material y social.

Así escribe:

«A la postre, ya hemos explicado que la conciencia humana puede interpretarse como una exaptación que engendra sus propios intereses y dinámicas al margen de las consideraciones puramente materiales: los seres humanos también cuentan —para bien o para mal, no es una cuestión relevante ahora mismo— con aspiraciones espirituales, culturales, filosóficas, sociales, ecológicas, sexuales o identitarias; las cuales en algunos casos interactuarán armónicamente con las

*motivaciones económicas, en otros casos serán puramente independientes y en otros pueden ser antagónicas».*³³

¡Si, y 1.196 barcos griegos atacaron Troya por el amor herido de Milenao a Helena!

Rallo refuerza esta idea recurriendo a una cita de *Bernstein* de 1899 —el histórico revisionista socialdemócrata—:

«La sociedad moderna es mucho más rica que sociedades previas en ideologías que no están determinadas por la economía [...]. El grado de desarrollo económico que hemos alcanzado otorga mayor espacio para que los factores ideológicos y sobre todo éticos actúen independientemente».

A partir de aquí, Rallo concluye:

*«Así pues, la definición de los grupos o clases antagónicas no tiene por qué depender de las relaciones sociales de producción que se establezcan en la base productiva de la sociedad, sino que puede derivar de otro tipo de estructuras ideológicas que generen tensiones o enfrentamientos dentro de esa sociedad»*³⁴

Y ofrece como ejemplo sociedades estratificadas por motivos religiosos o étnicos, *«incluso cuando dicha estratificación resulte nociva para el desarrollo de las fuerzas productivas»*. Cita, entre otros casos, la persecución histórica de minorías religiosas o étnicas —como la expulsión de los judíos en la Edad Media y Moderna, incluida España— aun cuando su presencia estuviera asociada a un mayor crecimiento económico urbano, la persistencia del sistema de castas en la

33 Anti-Marx, Juan Ramón Rallo Tomo II pagina 1052

34 Anti-Marx, Juan Ramón Rallo Tomo II pagina 1052

India, o el mayor desarrollo de Génova en comparación con el Magreb durante la Edad Media.

Aparentemente, el planteamiento parece razonable. Sin embargo, Rallo no tiene en cuenta **elementos fundamentales**.

El primero es no tener en cuenta que determinadas posiciones ideológicas profundamente asentadas —a menudo de forma inconsciente— son herencias históricas que se arrastran durante siglos y que aunque terminen convirtiéndose en un peso muerto para el desarrollo económico y social, su aparición en el pasado estuvo relacionado con otro contexto también económico y social.. Ninguna ideología surge en el vacío: necesita un marco social coherente con ella, un terreno abonado para que la semilla ideológica pueda crecer. Aunque el pensamiento humano goce de cierto margen de autonomía, una semilla plantada en terreno estéril no se desarrolla.

Desde su planteamiento, fenómenos contemporáneos como el retroceso de la teología de la liberación en América Latina, el auge de religiones protestantes o el crecimiento del yihadismo carecerían de explicación. En última instancia, para Rallo, la ideología se desvincula de la realidad social que la produce y reproduce.

Veamos con más detalle estos ejemplos que pone Rallo.

Ideología, inercia histórica y base material

Es cierto que sociedades enteras pueden quedar atrapadas durante largos períodos en sistemas de valores e ideologías que ya no se corresponden con la vida material real. Pero Rallo presenta estas ideologías como si surgieran de una evolución autónoma del pensamiento, aislada del contexto social del que nacieron, o incluso como si emergieran de forma antojadiza, sin explicación histórica, casi como producto de los caprichos de una “mano de Dios”. La ideología no es un

reflejo mecánico de la realidad material, pero tampoco es un conjunto de ideas en libre flotación.



Para ilustrar su tesis, Rallo recurre al sistema de castas en la India como prueba de que las ideas no siempre están conectadas con intereses económicos ni con la realidad social. Y es cierto que hoy el sistema de castas aparece como una ideología arcaica, incompatible con el capitalismo moderno. Pero que una idea no esté conectada **ahora** con la realidad material no significa que no lo estuviera en el pasado. En estos casos, lo que ha ocurrido es que la realidad material y social se ha desarrollado más rápido que una parte de la superestructura ideológica.

El sistema de castas no surgió como una decisión ideológica arbitraria, sino como un proceso histórico de muy larga duración, iniciado en la sociedad védica del segundo milenio antes de nuestra era, y consolidado en relación con formas concretas de organización del trabajo, apropiación del excedente y dominación social. Su posterior legitimación religiosa no explica su origen, sino su persistencia, incluso cuando dejó de responder a necesidades económicas directas.

Con la llegada de los arios hacia el 1500 a. n. e., el sistema de castas fue transformándose y adaptándose. Incluso el colonialismo británico lo utilizó como instrumento de control social. Era coherente con una división del trabajo compatible con un determinado nivel de desarrollo de las fuerzas productivas: transmitía oficios por nacimiento, aseguraba el control de la fuerza de trabajo, legitimaba desigualdades materiales mediante un orden ritual y facilitaba la organización fiscal en Estados débiles y descentralizados. La coerción no era solo física, sino simbólica y religiosa. Fue una forma eficaz de dominación precapitalista, compatible durante más de dos mil años con imperios, reinos y regímenes coloniales.

Que hoy el sistema de castas aparezca como una antigualla ideológica no demuestra que las ideas estén desvinculadas de la realidad material, sino precisamente lo contrario: que una superestructura puede sobrevivir durante largo tiempo a las condiciones que la hicieron funcional.

Persecución de los judíos y formación del Estado moderno

El segundo ejemplo de Rallo —la persecución histórica de los judíos en Europa— tampoco demuestra la autonomía de las ideas respecto a la realidad material. En las postrimerías de la Edad Media nos encontramos ante Estados en construcción que buscaban la homogeneización interna frente a la dispersión nobiliaria. La corona, a su vez, necesitaba a la nobleza como fuente de recursos económicos y militares. En ese proceso de centralización confluyeron múltiples factores que no empujaban todos en la misma dirección.

No solo los judíos sufrieron represión: también lo hicieron herejías religiosas (cátaros, husitas), minorías confesionales (protestantes en Estados católicos y viceversa), moriscos en España y pueblos con identidades bien definidas como

bretones, vascos, corsos o gaélicos. En cada caso se produjo una combinación específica de factores ideológicos, económicos y políticos.

En el caso español, reducir la expulsión de los judíos de 1492 al fanatismo religioso de Isabel la Católica es quedarse en la superficie. El ascenso de Isabel al trono se produjo tras una guerra civil en la que financieros judíos desempeñaron un papel clave. Figuras como Abraham Seneor, Isaac Abravanel o Luis de Santángel fueron decisivas para la victoria de Isabel frente a Juana la Beltraneja.

La expulsión permitió cancelar, renegociar o transferir deudas de la corona y la nobleza, y facilitó la apropiación de bienes por parte de sectores feudales. Además, los judíos ocupaban posiciones administrativas y fiscales protegidas por la corona, lo que los convertía en competidores directos de la nobleza. El problema central no eran los judíos como tales, sino la necesidad de cerrar fracturas internas en un Estado recién unificado. La religión actuó como catalizador ideológico, no como causa autónoma.

La paradoja es reveladora: los judíos expulsados de España fueron acogidos en Portugal y Holanda, donde la prioridad era la expansión comercial. Allí donde la homogeneización ideológica era prioritaria, se convirtieron en un “problema político”; donde primaban los intereses comerciales, su presencia fue funcional.

Reforma protestante y condiciones materiales

Otro ejemplo claro de la interacción entre conciencia e infraestructura material es la Reforma protestante. Antes de Lutero, numerosas reformas religiosas fracasaron, salvo el husitismo que tuvo un éxito limitado y solo en Bohemia. La diferencia no estuvo en la calidad de las ideas, sino en las condiciones materiales y políticas, que hicieron que se llegara a una especie de entente con el papado.



El éxito de Lutero, Calvino y Zwinglio no se explica por una mayor coherencia teológica, sino por la consolidación de Estados más fuertes, el desarrollo del comercio, la aparición de una burguesía urbana alfabetizada y la difusión de la imprenta. Príncipes alemanes apoyaron la Reforma porque reforzaba su soberanía y les permitía apropiarse de bienes eclesiásticos. Las ideas religiosas no crearon el nuevo equilibrio de poder: lo expresaron y lo legitimaron.

Cuando el campesinado interpretó la Reforma como promesa de justicia social y cuestionó el orden de propiedad, el bloque reformador se fracturó. Lutero se alineó con los príncipes contra los campesinos, mostrando los límites sociales del movimiento. La Reforma reorganizó el poder religioso y político. Y no completamente todavía las relaciones de producción; pero las perforó. De hecho el capitalismo se desarrolló más rápidamente en los países protestantes que en los católicos.

Industrialización, capital mercantil y error idealista.

Reducir el progreso moderno a la Revolución Industrial -sin tener en cuenta su contexto- como hace reiteradamente Rallo, es una visión idealista.

La industrialización no surgió solo de ideas técnicas, sino de transformaciones materiales profundas: acumulación de capital, proletarianización y desplazamiento del capital mercantil por el capital industrial. El capital mercantil podía coexistir con modos de producción precapitalistas; el capital industrial, en cambio, transformó el conjunto de la sociedad porque ya existían condiciones materiales para ello.

Tampoco, puede explicarse el desarrollo diferenciado entre espacios próximos como Génova y el Magreb por factores culturales o religiosos. Ambos operaban con un capitalismo de tipo mercantil en la misma área geográfica; la diferencia decisiva fue político-institucional: Génova era una ciudad-Estado gobernada por oligarquías comerciantes, mientras que en el Magreb el capital mercantil estaba subordinado a Estados centralizados. Además de hecho los musulmanes dominaban el Mar Mediterráneo; ni siquiera la Batalla de Lepanto, terminó con la hegemonía turca. De nuevo, las condiciones materiales explican el desarrollo social, aunque se

presenten en forma ideológica, cultural o ideológica.

Un intento mas de acabar con el marxismo.

Rallo termina atribuyendo al marxismo afirmaciones que nunca sostuvo: que la historia es necesariamente progresiva o que Engels sugería que las ideas no influyen en la realidad. Engels fue claro al afirmar que la economía determina la historia “en última instancia”, pero que la superestructura ejerce una influencia real y, en determinadas coyunturas, es decisiva. No hay aquí ninguna retractación ni concesión al idealismo.

Marx y Engels reconocieron siempre la posibilidad de colapso, regresión y ruina común de las clases en conflicto. El capitalismo crea condiciones para el socialismo, pero no garantiza su realización. Sin intervención consciente, el capitalismo puede permanecer largo tiempo en descomposición, tal y como ocurrió con el Imperio Romano.

Cuando Rallo presenta el colapso de la URSS como refutación del materialismo histórico, no hace más que repetir lo que el capitalismo viene diciendo desde 1991. Las páginas posteriores de su obra no añaden análisis nuevo: reiteran tesis ya expuestas, apoyadas en propaganda anti-comunista. En esta propaganda anti-marxista Rallo incluye una vergonzosa (para él mismo) y larga cita a pie de página -que no viene a cuento con lo tratado en esa parte- donde denigra a Marx en lo personal presentándolo como un individuo miserable. No sabemos si lo que dice es cierto o es una invención más contra el marxismo (es la primera vez que hemos leído tales cosas). En cualquier caso, incluir en un libro que pretende refutar teóricamente a Marx, chismorreos, es de una bajeza moral, que desacredita los esfuerzos de Rallo por parecer científico.

Hay pendiente un análisis de las causas que provocaron la caída de los primeros

intentos de construir el socialismo. Retroceso que de ninguna forma aplasta al marxismo, ya que como ellos mismos decían, la desaparición de las clases sociales no es un proceso lineal, sino un proceso contradictorio de avances y retrocesos. Si no fuera así tras el fracaso de la Comuna de París en 1871 la clase obrera habría renunciado a construir una sociedad sin explotados ni explotadores.

El libro de Rallo termina, con las siguientes cínicas palabras **«sumándose a la revolución comunista, los proletarios no tienen nada que ganar salvo sus cadenas»**



Mientras exista una sociedad explotadora siempre habrá quienes intenten acabar con la explotación.